



MANRIQUE



GAMAZO 27 TF 308945 VALLADOLID



Impresiones de un viajero

UNA VISITA
A LEON

Ante la Pulchra Leonina



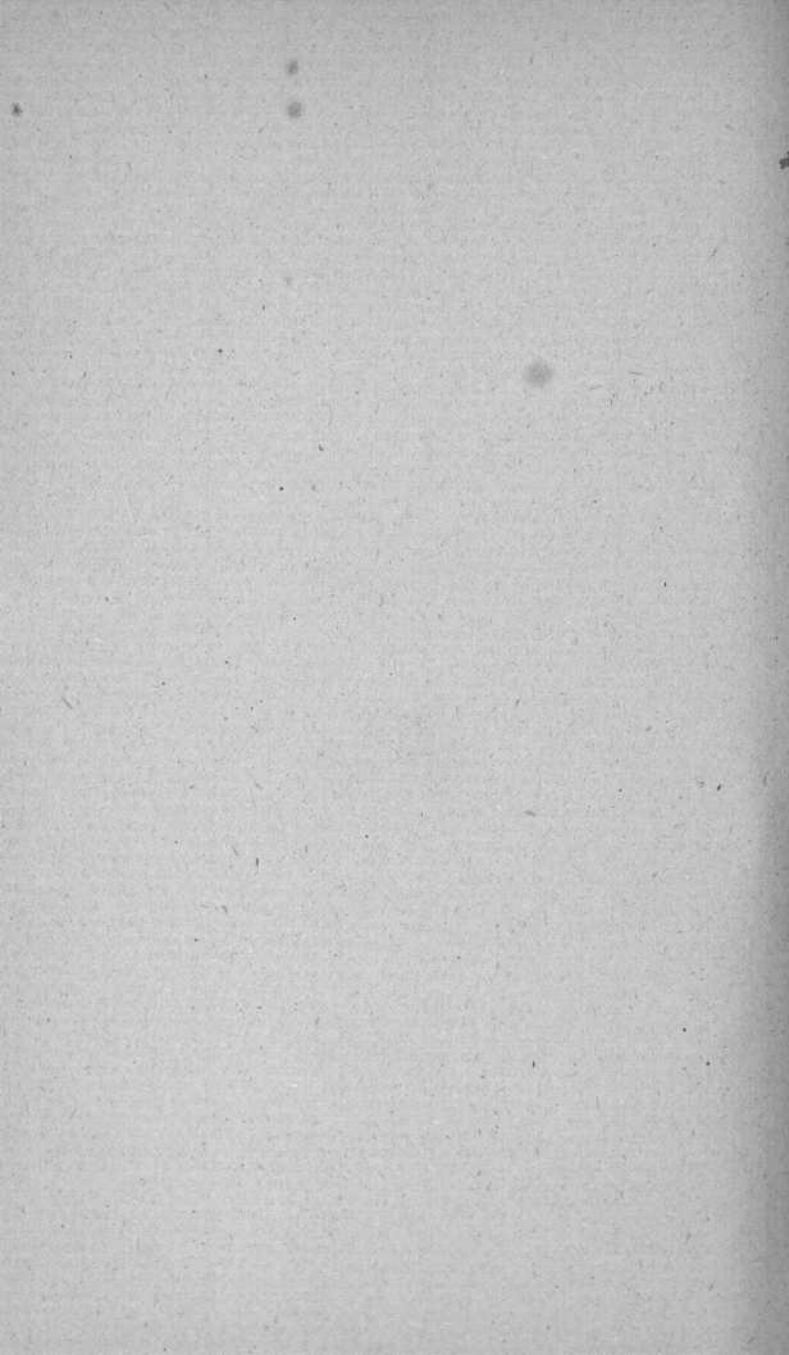
et 36501
c. 1041759

Madrid - Julio - 1916

DGCL
A

15 Jan. F/T





Una visita a León.

Impresiones de un viajero.



Una visita a León

*Castilla, madre. - La ciudad y sus monumen-
tos. - La "Pulchra Leonina," - Inicia-
tiva loable. - Un protector de
las artes, un gran artista
y una hermosa obra.*

Por

L. R.

*Indocti discant: ament
meminisse periti.*

*Madrid
Julio, MCMXVI*



R. 30740

SE IMPRIMIÓ ESTE FOLLETO
EN EL MES DE JULIO
DEL AÑO DEL TRICENTENARIO
DE LA MUERTE DE
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
(MCMXVI)
EN LOS TALLERES
DE
MATEU



I



TIENE siempre para sus amadores la noble tierra castellana un encanto singular, un atractivo indefinible. Cuantas más veces se la visita y se admiran sus viejas ciudades, de faz austera y venerable, más se la quiere y reverencia; más gozosos nos sentimos también de amarla y de recrearnos en sus grandezas.

Tierra ennoblecida por los blasonés de todas las virtudes, abnegada y heroica, humilde en su sencillez, grande en sus arrogancias; tierra santificada por la fe y por el martirio, altar de todos los sacrificios, solar de hidalgos, espejo de caballerosidad... Ella es como la esencia del espíritu de nuestra raza, el alma entera de la Patria.

En sus campos de eternas lontananzas, jugosos y fecundos; en sus lugares adustos, que tienen en el aspecto toda la seriedad de la raza; en sus ciudades, museos para el Arte, archivos para la Historia, relicarios para las bien raigadas creencias, se aspira un grato perfume de poesía y misticismo. Un ambiente de leyenda y de santidad lo llena todo.

No es el de Castilla un pueblo del pasado que viva solamente del prestigio de sus glorias, extraño a las palpitations del moderno vivir. Más pobre y más humilde

quizá, como predispuesto siempre a todas las abnegaciones, conserva el brío y la entereza de los años mozos. Aquella raza intrépida y andariega, brava para la lucha, grande para el sacrificio, es siempre el pueblo sano y fuerte, trabajador y sufrido, que tiene en la virtud, en la hidalguía y en la fe sus más altos blasones. Es siempre Castilla generosa, tierra de ideales, cuyos nobles varones dieron leyes sabias a los pueblos. Como cantaba un ilustre poeta:

«Esta es la grande tierra de nobles,
la de las hondas e intensas calmas,
de los espíritus como los robles
y de los cuerpos como las almas.

.....

La de silentes villas famosas;
la de castizas urbes ancianas;
nobles dos veces: por generosas
y castellanas».

Más acomodada al vivir del tiempo nuevo, templa sólo sus armas en el trabajo y en el estudio, aunque siempre fué el de Castilla prototipo de pueblos inteligentes y activos. En sus antiguas ciudades, que nos encantan con su carácter, se escucha el fragor de la moderna industria, que es también batalla ruda por el bienestar y por el progreso. Aunque el aspecto cambió al exterior, son siempre por dentro las mismas venerables urbes, en cuyas calles y en cuyos monumentos el soplo de las viejas edades orea los espíritus y los tonifica, evocando en el pensamiento los recuerdos de un pasado de esplendor.

Cuanto se hable y escriba en alabanza y honor de la tierra castellana, no colmará jamás la medida de lo justo. Todos la debemos admiración y reverencia; cuantos conservan el culto de la hidalguía deben contribuir a su enaltecimiento. Los que nacieron en su seno, y por nacer en ella se honraron con el blasón de su nobleza;

cuantos de ella recibieron el beneficio de su generosidad y veneran la Tradición y aman el Arte, deben consagrarla el homenaje de su admiración y su cariño, llevando una estrofa al eterno poema y un grano de tierra al monumento de su gloria... ¡Oh, nobles urbes españolas: Burgos, Toledo, Salamanca, León; archivos de nuestra Historia, museos de nuestro Arte!... ¡Brillen siempre en vuestros altares las lámparas de la admiración, del respeto y de la piedad, que encendieron vuestros artistas, vuestros héroes y vuestros santos!...

* * *

Devotos de la Tradición y admiradores, aunque profanos, del Arte, en las andanzas de nuestras breves vacaciones buscamos muchas veces asilo reparador en alguna de estas ancianas ciudades. Así, mientras las fuerzas gastadas en el trajín del diario batallar se reponen, el espíritu se tonifica en el sano ambiente de calma y en la contemplación de tantas singulares bellezas. Pero luego, no curados de la manía, que la mala ventura convirtió en oficio, de emborronar cuartillas, no podemos resistir la tentación de fijar en el papel nuestras impresiones, que un día u otro, desde las columnas de las hojas volanderas o desde las páginas del folleto, darán fe de nuestra gratitud de hombres bien nacidos y de nuestra devoción de creyentes.

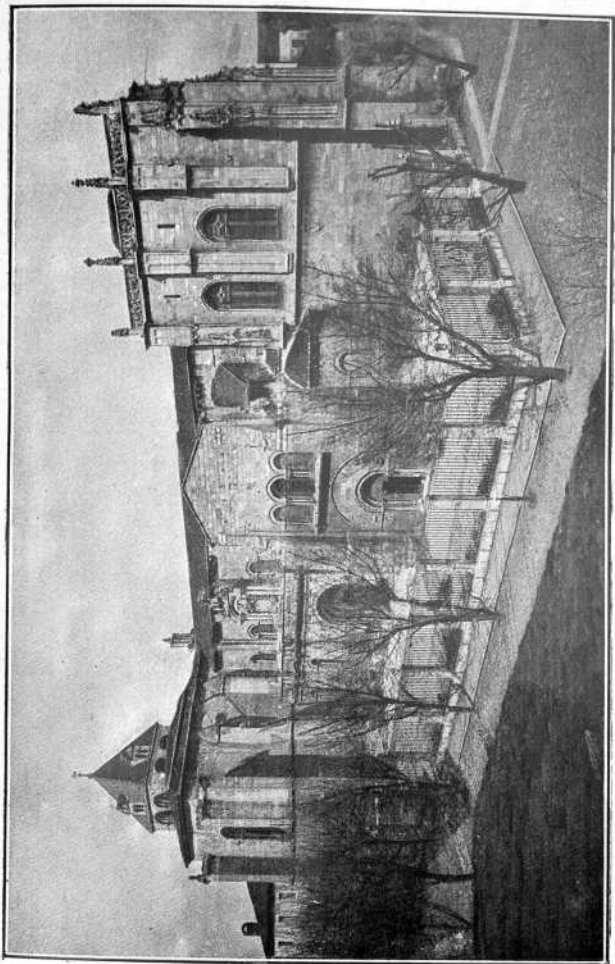
Con ello a nadie se daña, y en cambio puede contribuirse a un bien, difundiendo y popularizando muchas grandes cosas que los sabios ejecutoriaron debidamente, pero de las cuales viven ayunas muchas humildes gentes, que no tuvieron medios de conocer más ciencia que la de ganar la vida en el trabajo. Claro es que no se trata de descubrir arcanos ni misterios, que ya no existen, con pretenciosa jactancia. Mas trátase de vulgarizarlos, y en

esta labor modestísima hay un coeficiente de utilidad innegable.

En todo país civilizado, la base elemental de la cultura del pueblo debe ser el conocimiento de sí mismo, de su propio país, de la tierra en que nació y en que han de reposar sus huesos. Este conocimiento de la Historia y del valor y eficacia de la organización presente, da a los pueblos la convicción de su grandeza y eleva sus sentimientos, facultándolos para las más honradas empresas.

Tal convicción del valor de la Patria aumenta el respeto hacia ella y agranda el amor. Se ama y estima más ardientemente lo que mejor se conoce. Y ese amor y reverencia de los pueblos a su Historia y a sus tradiciones, a las bellezas de su suelo y a las maravillas de su Arte, es fuente de patrióticas virtudes y es renovación de energías. Contribuir a esa labor de vulgarización, fomentar el respeto a las tradiciones y el amor a las grandezas nacionales, es bella obra y debe ser obra de todos.

Téngase en cuenta que no se escribe para los peritos y los letrados, ya que para ellos se escribieron los libros de los sabios. Se escribe para los indoctos, para la gente ignara y sencilla, que necesita, para curar su dolencia de incultura, procedimientos de escuela. *Indocti discant; ament meminisse periti.*



Colegiata de San Isidoro en
León. — Fachada principal.



II



E retorno de una grata excursión por el Norte, nos hemos detenido en esta atractiva y nobilísima ciudad de León, tan merecedora por muchos conceptos de la admiración de las gentes. Pasar cerca

de ella y no detenernos para refrescar imborrables recuerdos, admirando de nuevo sus monumentos, es procurar un remordimiento a la conciencia. La urbe leonesa debe ser siempre estación obligada para el peregrino.

Y en verdad que no hemos tenido motivo para arrepentirnos de ello, sino más bien para interna satisfacción e íntimo regocijo. Esta visita nos ha proporcionado la ocasión de ver algo nuevo, que merecerá la estimación y el aplauso de cuantos lo conozcan. Es la reparación de un grave daño, con la cual se ha contribuído al esplendor de uno de los más insignes monumentos del Arte cristiano. Es también un bello rasgo de un hombre amante del Arte, que puede servir de enseñanza y estímulo a cuantos sepan rendir devoción al culto de lo bello. Y esta novedad interesante y generosa, de admirable resultado práctico, nos muevê a trazar estas páginas, aunque son ciertamente innecesarias para la ejecutoria de la histórica ciudad de los Ordoños, tan piadosa y amante de sus tradiciones, embellecida por la leyenda, in-

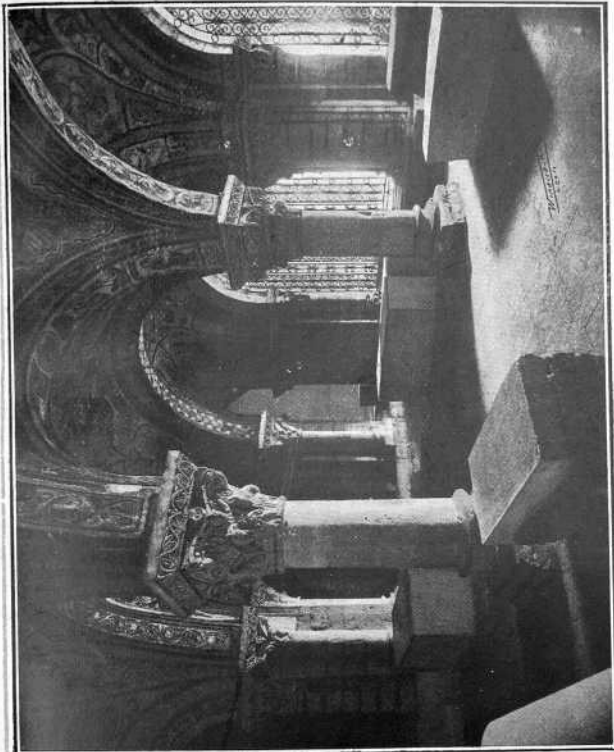
mortalizada en la Historia y gloriosamente coronada por el áureo joyel de su *Pulchra Leonina*.

* * *

León es una de aquellas venerables ciudades castellanas que nos sugestionan y encantan con su carácter y su ambiente, con sus reliquias históricas y sus joyas de Artè. Al pasear por sus calles, al contemplar en sus templos y palacios, y luego en sus archivos y museos, tantos restos legendarios de viejas edades, siéntese uno penetrado del aroma de piedad y de heroísmo que de aquellos parece desprenderse, y, sin gran esfuerzo, soñando como poetas, creyérase ver cómo revive la ciudad de los tiempos heroicos, la de las cruentas luchas de la Reconquista, la corte de los Soberanos leoneses, asentada sobre los cimientos de la *Legio Séptima* de los romanos.

En desfile brillante evoca la imaginación las figuras de los Alfonsos, los Ordoños y los Fernandos, hasta el Santo Rey conquistador de Sevilla; las gloriosas de San Marcelo, San Froilán y Santo Martino; las muy ilustres de los Guzmanes, los Suero de Quiñones, los Molinas y otros grandes señores... Con la gloria de sus Reyes y guerreros, fulge también la de sus artistas, como Antonio y Juan de Arfe, los Juan de Badajoz y Suero de Argüello... Toda la historia de León resurge, ofreciéndonos las grandes enseñanzas de la que fué, según uno de sus historiadores, «señora de principales provincias, madre de valerosos Reyes, Príncipes y capitanes, solar de infinitos linajes ilustres, albergue de las letras y las armas, muro y estribo de los cristianos...».

No es, ciertamente, León de las antiguas poblaciones españolas que mejor han conservado su carácter. Aventájanla en esto Toledo, Burgos, Salamanca, Segovia, Ávila y algunas más. En su aspecto externo se há modernizado, ofreciendo un cariz risueño y simpático, al



que contribuyen sus pintorescos alrededores, en la parte de la fecunda vega que riegan los ríos Bernesga y Torio. Sin embargo, mantienen aún su carácter sus monumentos religiosos, las antiguas construcciones civiles, que alternan con hermosos edificios modernos, y los restos de sus murallas, que datan del siglo ix y de las cuales se conservan extensos lienzos, con amplios cubos de canto, ladrillo y argamasa. De la época romana apenas existen en esas murallas ligeros vestigios, ya que sus principales recuerdos pasaron al Museo de San Marcos.

Nuestra visita de ahora ha sido bien aprovechada, pues hemos podido recorrer casi todos los sitios que en ocasiones anteriores nos dejaron grato recuerdo. Desde el palacio que fué de los Villasindas, convertido en hotel, hemos ido a saludar a la mansión solariega de los Guzmanes, el histórico palacio, perteneciente hoy a la Diputación provincial, que nos hace recordar con orgullo y devoción a aquel insigne D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, hijo de León, defensor heroico de Tarifa, cuya hazaña será perpetua enseñanza de buenos y leales monárquicos. Nos hemos recreado después en el torreón y en la portada del palacio del conde de Luna, en el llamado de Don Gutierre, el de la Biblioteca provincial, del siglo xvi, que fué convento de las Dominicas de Santa Catalina, y en el que sirvió de albergue a las monjas de la Concepción... Y hasta hemos tenido tiempo, en esta cinematográfica visita, para dar un paseo en carruaje hasta el Santuario de Nuestra Señora del Camino, lugar de típicas romerías, que merecieran algunas páginas para ser descritas. Apuntemos al paso, pues ello es cosa que fuera de León saben pocos, que este Santuario, asilo de la milagrosa Señora que es devoción principal de los leoneses y a la que el Santo Padre Pío X declaró Patrona de toda la región, pertenece, como los grandes caserones que le rodean, al Real Patrimonio.

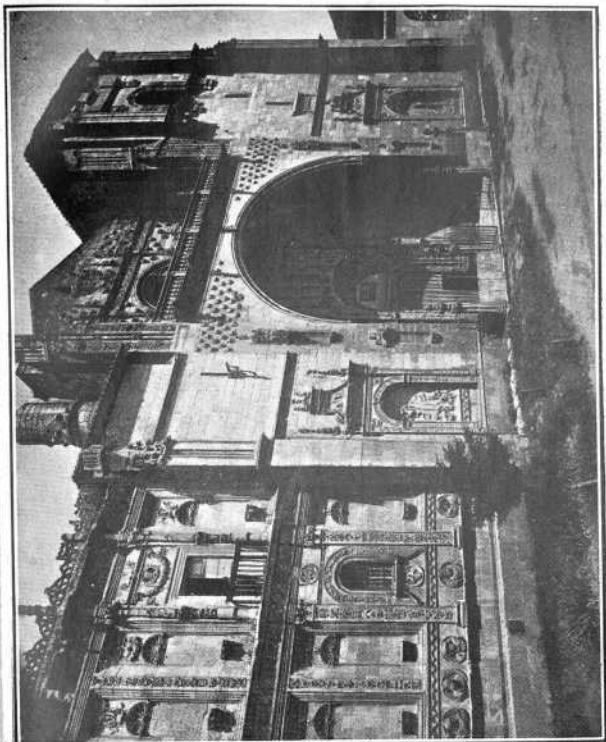
Pero nuestra atención principal ha sido para los grandes monumentos religiosos que constituyen el tesoro de León. Sin embargo, el visitante no debe olvidar templos de tan señalado mérito como el de San Marcelo, el de Santa Marina, la iglesia de Nuestra Señora del Mercado y otras parroquias y conventos, en los que no faltan torres y portadas, bellos ábsides, retablos e imágenes, rejas y capiteles, que solicitan nuestra alabanza.

* * *

Entre los grandes monumentos leoneses descuella la bella y famosa basílica de San Isidoro, llena de recuerdos históricos. Por ser uno de los más antiguos templos románicos existentes en Castilla, los Monarcas mostraron hacia ella gran predilección, y así lo comprueban las diversas obras realizadas para convertir la que fué primitivamente sencilla iglesia, dedicada a San Juan, en el hermoso templo que, aunque muy deteriorado, ha llegado a nuestros días.

El rey Alfonso V amplió la iglesia en condiciones muy modestas, como nos dice Lampérez, con una tosca construcción de ladrillo. Fernando I quiso consagrarla a San Isidoro, guardando en ella los restos de este Santo, y acometió la obra de la reedificación. Pero ésta no se llevó realmente a cabo hasta el reinado de Alfonso VII el *Emperador* y bajo la dirección del maestro Pedro de Deo, siendo consagrada en 1149.

La planta del templo es de cruz latina, con tres naves en el brazo mayor y otra en el crucero, cuyas bóvedas sostienen pilares cruciformes. La bóveda central tiene nave de cañón, en tanto que las otras son de crucería. Los ábsides correspondientes a las tres naves, de traza sencilla y elegante, así como la nave del crucero, considera un ilustre historiador que es lo que queda de la



Monasterio de San Marcos.—Portada de la iglesia y fragmento de la fachada principal.

época de Fernando I, siendo el brazo mayor, de escuela borgoñona, del tiempo de Alfonso VII.

La vista interior del templo produce a los profanos una impresión grata y extraña a la par. A pesar de su venerable ancianidad, ofrece muchos elementos de belleza, en sus arcos de medio punto, algunos guarnecidos por lóbulos; en los capiteles, de admirable modelado, con figuras de hombres y fieras y adornos de hojas; en sus viejos retablos y en sus arcaicas esculturas. Cortada ahora la nave principal, a causa de las obras de restauración que se realizan en el templo, ha perdido luz, y en la melancólica obscuridad se recibe una impresión de piadosa tristeza.

En su parte exterior, el aspecto del templo es frío y severo, aunque no faltan en él elementos de belleza, cual la artística cornisa. La puerta del Perdón, que parece ser la más antigua, está adornada con rudos baquetones y toscas esculturas de San Pedro y San Pablo. Es curioso el tímpano que la corona. La puerta lateral es más amplia y artística. Son bellos también los ventanales, tapiados algunos. Un amplio atrio, cerrado con verja, da acceso al templo.

A los pies de la nave central abre una pequeña puerta, por la cual penetramos en una estancia de soberana belleza, que pudiéramos considerar como la joya más preciada de San Isidoro. Es el famoso panteón de Reyes, en cuyas urnas de piedra reposaron los restos de Alfonso IV, Ramiro II, Ordoño III, Alfonso V, Sancho el Mayor, Fernando el Magno y Don García de Galicia, con algunas de sus esposas, y otras augustas Princesas. Al entrar en él se recibe una impresión de sorpresa, ante su espléndida hermosura.

Fué fundado el panteón por el Rey Alfonso V, y le reedificó Fernando I el Magno. Su gran fortaleza le ha defendido del peso de los siglos, y se conserva en per-

fecto estado; solamente están deterioradas sus magníficas pinturas. Considéranle todos como obra maestra de la arquitectura románica española, aunque influenciada ya por la extranjera.

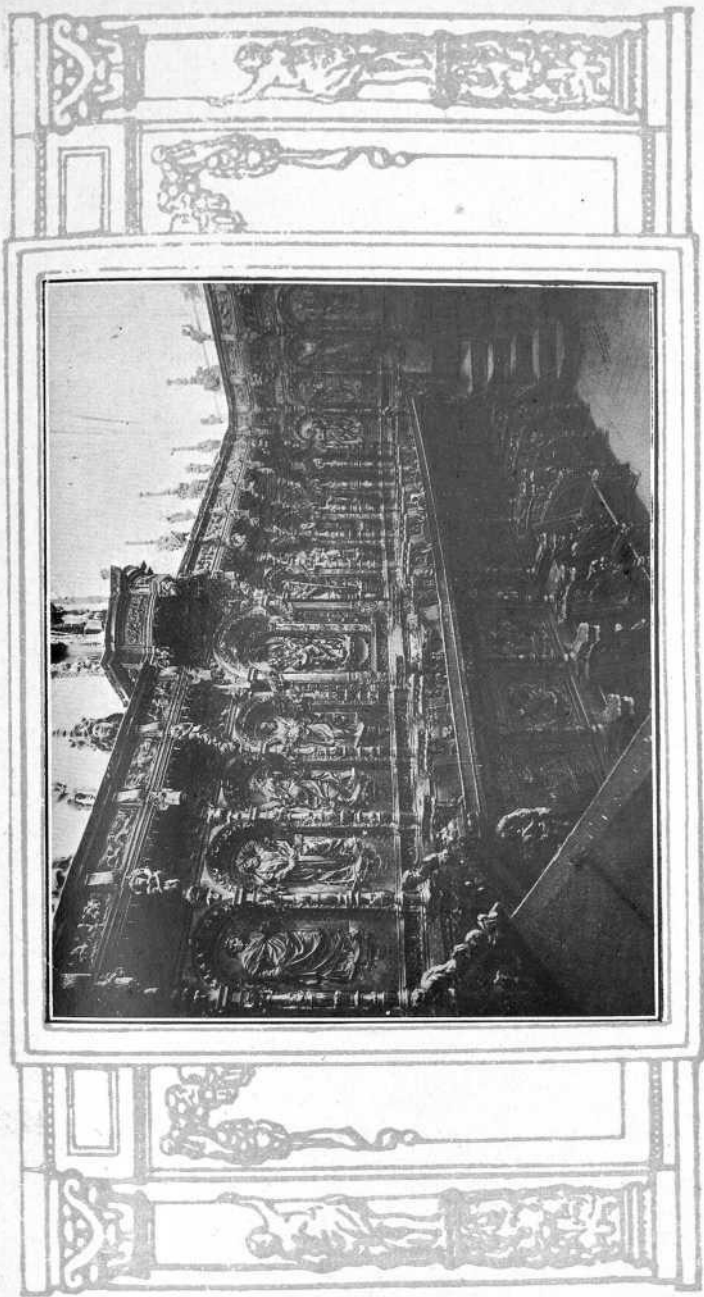
Forma el panteón un gran rectángulo, dividido en tres naves, cortadas a lo ancho por otras tres. Marcan estas naves y sostienen las pesadas bóvedas de aristas, grandes pilares compuestos, con cuatro columnas adosadas, y fuertes columnas libres. Los arcos son de medio punto y los capiteles corintios, de una belleza exquisita en sus ricos adornos. En cuanto a las pinturas, a trozos bien conservadas, que se admiran en las bóvedas y arcos, son de lo mejor que produjo la pintura mural románica. En su mayoría, reproducen figuras y escenas religiosas.

Sin salir del recinto de San Isidoro, hay sobrados elementos para que el aficionado a las obras de Arte entretenga algunas horas en continuo deleite. Son sus famosos códices, de incomparables miniaturas; sus viejos brevariarios, las joyas de su biblioteca, entre ellas las obras de San Agustín; sus alhajas, de exquisita labor, como el cáliz de ágata del siglo xv; sus pinturas, entre ellas un lienzo del Correggio; la pila bautismal del siglo xi, de admirables relieves, y otras cien y cien piezas notabilísimas, cuya sola enumeración ocuparía mucho espacio...

* * *

Otro gran monumento de León es San Marcos, a orillas del río Bernesga, donde tuvieron regia residencia los caballeros de la ínclita Orden militar de Santiago. Creación famosa del arte plateresco, es con el Colegio de San Gregorio de Valladolid y la fachada de la iglesia de San Pablo de la misma capital, lo más notable que en España se conserva de aquel estilo.

Comenzó la construcción del edificio en el siglo xvi,



Monasterio de San Marcos.—Vista del frente de la sillería del Coro.

hacia 1530, y tomaron parte en ella los notables arquitectos y escultores Pedro de Larrea, Guillermo Doncel, Juan de Juni, Juan de Orozco, Villarroel y Juan de Badajoz (hijo). Pero quedaron sin terminar las torres y la fachada, en cuyo centro se quiso hacer la portada de la iglesia, aunque no se realizó. La segunda parte de la obra, desde la puerta hasta la cuadrada torre cercana al puente sobre el Bernesga, corresponde al siglo XVIII y en ella intervino el maestro Juan de Luinaga. Esta parte desmerece mucho de la anterior, pues aunque se pretendió copiar lo ya hecho, el mal gusto característico de la época se reflejó en lo copiado.

La fachada es verdaderamente suntuosa. Destácase el pórtico de la iglesia, con amplio arco de medio punto y rico frontispicio, entre las dos torres laterales, profusamente adornado con doseletes, escudos, hornacinas y veneras de la Orden de Santiago. En la puerta principal, decorada con cuatro elegantes columnas, se admira un relieve del Apóstol Santiago a caballo; bello ático con escudo y un calado rosetón, coronado por la Fama. En el resto de la fachada sorprende la profusión de arcos, pilastras, columnas, frisos y cornisas que la exornan, todo cuajado de relieves, de una ejecución admirable. Parte principal de este prolijo adorno son los magníficos medallones que resaltan en la fachada, con cabezas de personajes. Los de la primera época, notables, son veinticuatro, y entre ellos están los bustos del Rey Fernando el Católico, Octavio Augusto, Aníbal, Isabel la Católica, David, Carlo Magno y el Conde Fernán González. En los de la segunda época, muy inferiores a aquellos, están representados los Maestros de la Orden Santiaguista, y entre ellos el Rey Don Sancho, Don Alvaro de Luna, Don Beltrán de la Cueva y el Rey Felipe V.

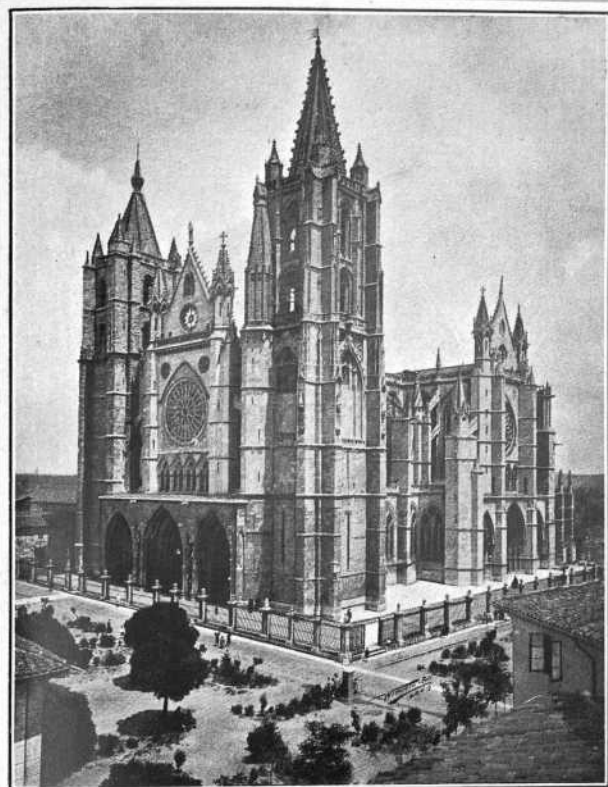
Al entrar en la iglesia se experimenta una impresión

de angustia ante la soledad y el abandono que allí reinan. El templo, de carácter gótico y de una sola nave, con crucero, es amplio y bello. Pero es aún más admirable la sacristía, obra de arte suntuosa, en la que llaman la atención los ventanales, de rica ornamentación; el soberbio retablo, varios bustos y sobre todo la espléndida bóveda de crucería. Una inscripción colocada sobre la puerta nos recuerda que tal maravilla es obra del artista leonés Juan de Badajoz.

La pieza capital que en el interior de San Marcos se guarda es la sillería del coro, obra soberbia del artista Guillermo Doncel, de lo más notable que en su género se conserva en España. El Arte del Renacimiento no produjo quizás tallas más finas y delicadas. El conjunto es admirable por sus proporciones. El detalle sorprende por la riqueza de los adornos, el primor de las figuras, la belleza de composición de las escenas reproducidas y la exquisitez de la ejecución.

De nobles proporciones es también el claustro de San Marcos, cuyas naves están destinadas al Museo Provincial. Diseminados por ellas se encuentran sepulcros, estatuas, lápidas romanas, trozos de columnas, capiteles y otras piezas venerables. Un salón contiguo a la galería hállase también dedicado al Museo. En las numerosas vitrinas y armarios se ven gran cantidad de monedas romanas, góticas y de otras épocas; vasos antiguos, idoliillos, ánforas, trozos de tallas y azulejos y algunos otros elementos. Es un Museo en formación, pero que ya tiene una muy estimable riqueza arqueológica.

Al salir de San Marcos sentimos renovarse la impresión de amargura, pensando en el abandono del hermoso edificio. Es lástima que la Orden de Santiago, como se ha pensado ya alguna vez, no pudiera hacerse cargo del edificio para establecer en él algún instituto relacionado con los nobles y levantados fines de la misma.



La Catedral de León — Vista exterior:
Fachadas de Occidente y Mediodía.



III



ALTA tiempo al turista para ver, no ya para admirar en sus detalles, todos los monumentos leoneses, cuanto en la simpática ciudad recuerda el brillo de su estirpe y la gloria de sus tradiciones. ¿Cómo no ha de faltar, si uno solo de esos monumentos, el más soberano, el más insigne, requiere, no ya días, sino semanas, para su debida contemplación? Esa maravilla de los tiempos, creación incomparable de un artista genial, a la que la ciudad leonesa debe su fama imperecedera, es la Catedral, el máspreciado florón del Arte gótico en España.

Sencillo en su traza y en su fábrica, prodigio de armonía y de equilibrio, libre ya, por fortuna, de los elementos exóticos que lo empequeñecieron, el grandioso templo leonés, lugar el más adecuado para rendir culto a la grandeza de Dios, es, sin disputa, el tipo más perfecto y acabado de la Catedral gótica. Por la pureza de sus líneas, su elegancia y su espiritualidad fué célebre en todos los tiempos. Así pudo decirse, con razón:

Dives Toletana,
Sancta Ovetensis,
Pulchra Leonina,
Fortis Salmantina...

Y el vulgo, más expresivo, ha dicho también:

Sevilla en grandeza,
Toledo en riqueza,
Compostela en fortaleza
y León en sutileza...

* * *

Elevada la antigua *Legio Séptima* romana a la dignidad de Corte de los Soberanos leoneses, quiso Ordoño II que su Catedral fuese lo que correspondía a su nueva alcurnia, dando también con ello piadoso testimonio a Dios de su reconocimiento por la victoria alcanzada sobre los moros en San Esteban de Gormaz. Al efecto, cedió al Obispo Fruminio el palacio que poseía al Oriente de la ciudad y que en la época romana fué el edificio de unas termas. Por el buen estado en que se encontraban las tres naves del palacio, no debieron ser necesarias grandes obras para adaptarlo a las exigencias del culto divino. Consagróse el templo solemnemente el año 916. A la ceremonia, en la que fué al mismo tiempo coronado Ordoño II, asistieron doce Obispos y multitud de magnates.

Solamente se tuvieron noticias someras de la basílica de Ordoño II, y aun esas, de carácter literario. Pero en el año 1886, el ilustre arquitecto D. Demetrio de los Ríos, director entonces de las obras de restauración de la Catedral (1), descubrió los cimientos y parte de los muros de la basílica del siglo x, y levantó el plano de toda ella y de los restos de las termas romanas. De entonces data el perfecto conocimiento de su disposición.

Tenía la basílica el mismo emplazamiento y eje que el templo actual, siendo sus dimensiones tan vastas (60 metros de longitud por 42,50 de anchura) que ninguna otra

(1) Este meritísimo artista fué padre de la insigne escritora doña Blanca de los Ríos, esposa del también ilustre arquitecto D. Vicente Lampérez y Romea, profesor de la Escuela Superior de Arquitectura, que recientemente ingresó en la Real Academia de la Historia.

iglesia de la época las alcanzó iguales. Constaba de tres naves, con crucero, y ábsides semicirculares. Entre los elementos ornamentales que se descubrieron, figuraban las basas de las columnas adosadas a los pilares, un capitel de forma ruda, impostas ajedrezadas y policromas, y restos de pinturas. La fábrica era de ladrillo y mampostería.

El ejército de Almanzor arrasó la ciudad de León el año 996, sufriendo la Catedral gravísimos daños. La munificencia del rey Alfonso V y la generosidad del Obispo D. Pelayo acudieron a su restauración, que fué importantísima, pues se hicieron además obras complementarias, como la construcción de un claustro y la habilitación de celdas para la más fácil vida regular que entonces hacían los canónigos.

Consagróse nuevamente la iglesia, que llevaba la advocación de Santa María, el 10 de Noviembre de 1073, asistiendo a la ceremonia el Rey Don Alfonso VI y sus hermanas doña Elvira y doña Urraca.

Más de un siglo después concibióse la idea de derribar este templo para construir otro mayor, según el nuevo estilo de la época. Su iniciativa y parte de la ejecución se atribuyen al Obispo Manrique, de la nobilísima Casa de los Señores de Molina, cuyo pontificado fué por los años de 1181 a 1205. Sentábanse en el trono de León el Rey Alfonso IX y su esposa doña Berenguela.

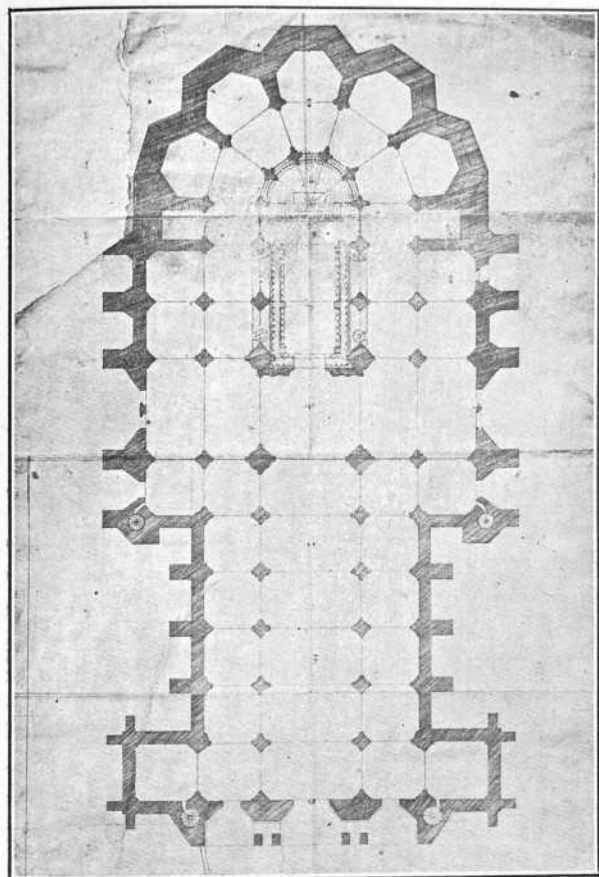
Nada puede afirmarse del insigne artista que concibió y planeó el proyecto, aunque alguien suponga que pudo ser el maestro Pedro de Cebrián, que en 1175, cuando tenía unos treinta años, era maestro de la Catedral. Posteriormente aparece el nombre del maestro Enrique, que dirigió las obras de la Catedral de Burgos, donde murió en 1277; y luego, el del maestro Simón, que vivió en el siglo xiv. Pero nada puede decirse con certeza; el gran artista sigue ignorado.

Lo único cierto es que sobre el emplazamiento de la basílica de Ordoño II, aprovechando, sólo en parte, algunos muros laterales de los cimientos, prolongando el edificio hacia el Este y extendiendo sus capillas absidales hasta sobrepasar la línea de las antiguas murallas, se levantó el mágico templo, rival de los de Reims, Colonia, Amiens, Chartres y otros; de admirable armonía en su planta, de sublime concepción en sus naves, de maravillosa ejecución en su coronamiento, para ser el más soberano monumento del Arte gótico en España; mágica linterna, como ha dicho alguno, suspendida del Cielo sobre la antigua *Legio* romana para iluminarla con los resplandores de la Fe y los fulgores del Arte.

* * *

La Catedral de León es, en efecto, como dice el maestro Lampérez, de las más altas glorias de la arquitectura cristiana. Con las de Toledo y Burgos compone la gran trinidad del Arte gótico español. Pero ella es el monumento más admirable por su unidad y armonía. Por eso su fama, apenas nacida, se extendió más allá de las fronteras.

Su estructura alcanza el mayor grado de sutileza del Arte ojival. Se ha llegado a un milagro de equilibrio, suprimiendo muros, adelgazando pilares y calando triforios para espiritualizar el templo hasta lo ideal. Así produce verdadero asombro la gran basílica, y a ello concurren todos sus elementos y detalles. Pureza de estilo, armonía de proporciones, claridad de estructura, estado de conservación completo y perfecto, unidad casi absoluta por la carencia de agregados y adulteraciones: todo contribuye a la impresión de serenidad que produce. Bajo sus bóvedas, el espíritu queda como avasallado ante la soberbia fábrica, pero aprecia su grandiosidad y la espiritualidad del Arte que produjo tal maravilla. Y la



Plano de la Catedral, existente en el Museo de su restauración, en el que está dibujado el primitivo emplazamiento del coro y trascoro.

impresión estética se eleva a lo sublime, produciendo un efecto que subyuga.

Desde que se entra en la ancha plaza y se fija la vista en el monumento, queda el ánimo en suspenso, esclavo de la admiración y la sorpresa. Destácase el templo gallardo, vigoroso, libre hoy de todos los aditamentos que lo afearon, y llama la atención, desde luego, por la armonía de sus proporciones, por la majestuosa belleza de sus fachadas y por el espléndido coronamiento de sus aéreos adornos. Al acercarnos al atrio, cerrado con verja, que guarda el pórtico principal, en la fachada de Occidente, estas impresiones se afirman y agrandan fijándonos en la magnificencia de los detalles.

La vista de esta fachada es realmente soberbia; apenas restan un punto de admiración las pesadas torres que la flanquean. Sus puertas son de lo mejor que el Arte ojivo produjo en España. Rehechas en la moderna restauración, apenas conservan de lo antiguo más que sus hermosas esculturas, rivales de las más famosas de Francia. Destácase primero un elegante pórtico de arcos apuntados, del más puro estilo. Luego las puertas, de bellísimas archivoltas, pobladas de esculturas de Santos, Angeles y músicos. En el parteluz de la del centro aparece la hermosa figura de Nuestra Señora de las Nieves o la Blanca, Después, sobre ancho dintel de bellísima escultura, el soberbio tímpano, en el que se destaca la figura de Cristo, como Soberano Juez, entre la Virgen y San Juan. La ornamentación de escultura es magnífica, sobre todo el grupo que representa el Juicio final, y muy bella la de hojas y flores.

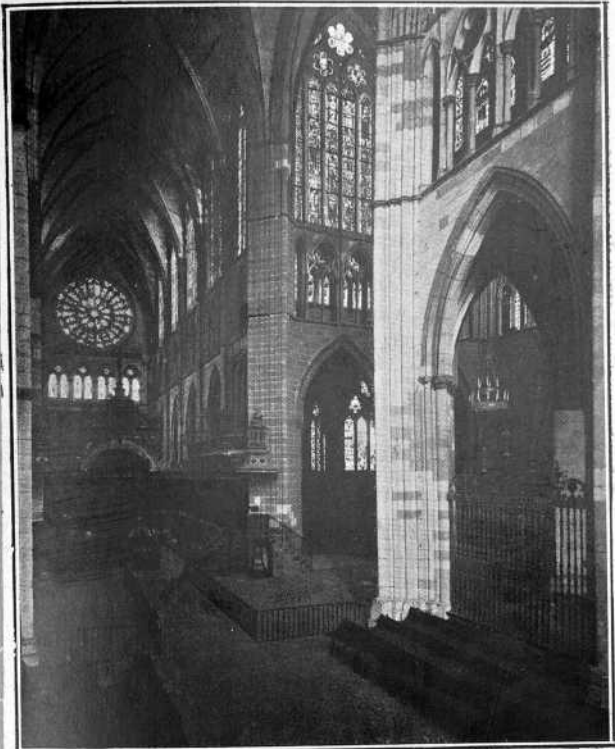
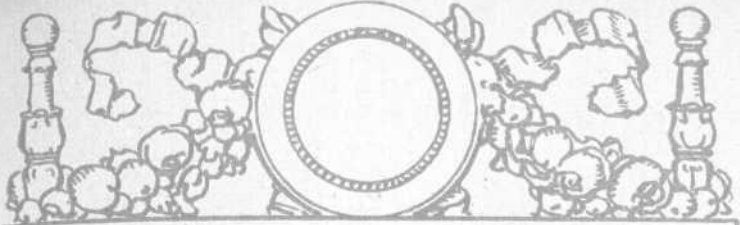
La profusión de esculturas hace de esta puerta un museo. Más de cuarenta estatuas de Santos, Vírgenes, Reyes, Obispos y personajes la decoran en sus pilares, arcadas de las puertas y tránsitos de comunicación, sin contar los relieves y muchas figuras secundarias.

Muy bella es también la portada de la fachada del Mediodía. Como la anterior, consta de tres puertas del mismo estilo. La del centro lleva en el parteluz la estatua de San Froilán, que da su nombre a la puerta; a los lados la decoran diversas esculturas, entre ellas la Virgen, con el Niño Jesús en brazos, y San José, y en el dintel los doce Apóstoles, de dos en dos. En el tímpano la imagen del Salvador, entre los cuatro Evangelistas, y en la archivolta esculturas de Reyes, de músicos y de Angeles. En la parte superior un calado rosetón, sobre el que se alza una gran estatua de San Froilán.

La puerta de la izquierda, que tiene en el centro la figura representativa de la Muerte, por lo cual se denomina así, tiene desnudos sus lados y su tímpano; la archivolta y el dintel decóranse con castillos y leones. La de la derecha tiene también desnudos sus lados, pero en el tímpano llaman la atención notables relieves de la muerte y del entierro del justo. En la parte superior aparece el cadáver, tendido en el lecho, mientras un grupo de Angeles vela su eterno sueño. En el vértice de la ojiva otro grupo de Angeles lleva ya el alma del justo hacia la mansión gloriosa.

De menor mérito, aunque muy bella también, es la fachada del Norte. En ella llaman la atención el magnífico rosetón y la estatua del Papa Martino V. Cubren la portada a derecha e izquierda, velando sus primores, los tejadillos correspondientes a dos capillas. En el centro se destaca la hermosa puerta de Nuestra Señora del Dado, de interesante tradición.

Precioso efecto producen los soberbios ábsides de las cinco capillas de la girola, con sus antepechos calados, bellísimos ventanales y ricos adornos en su remate. Sobresale el ábside de la Capilla Mayor, por cuyos ventanales, de colosal altura, cubiertos por vidrieras de colores, penetra a raudales la luz en el templo.

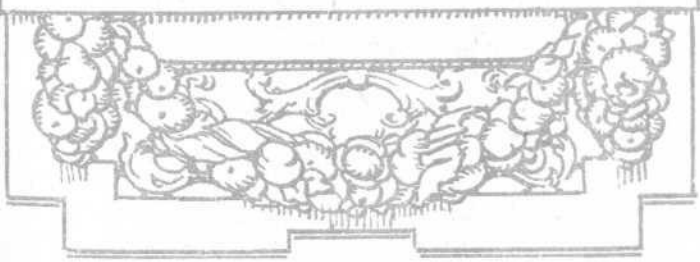
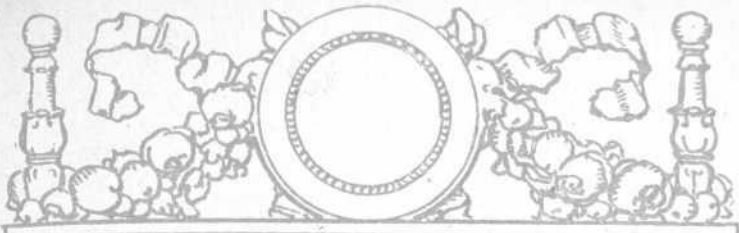


Catedral de León. — Vista de la nave central, tomada desde la Capilla Mayor.

Fuera empeño temerario y vano tratar de hacer aquí la descripción del interior del grandioso templo, que requiere gran detenimiento y amplio espacio. Para dar idea de la impresión subyugadora de admiración y de asombro que produce en el visitante bastan las ligeras impresiones antes apuntadas, ya que no era otro nuestro objeto. Al penetrar en él, al extender nuestros ojos deslumbrados por las espaciosas y mágicas naves, nos sentimos como sobrecogidos. El alma del profano se recoge, medrosa, ante el soberano espectáculo, incapaz de comprender la sublime espiritualidad de la obra maravillosa. Todo es majestad y belleza; todo armonía y gracia supremas. El genio del Arte no pudo concebir mansión más augusta para rendir culto a la grandeza de Dios.

Poco a poco nos sentimos más dueños de nosotros, y podemos apreciar, sorprendidos aún, las infinitas bellezas del templo. Los muros calados, aéreos, nos maravillan con el milagro de su equilibrio. Los majestuosos pilares, de sobrio y elegante adorno, apenas nos dan la razón de cómo se mantiene en pie la joya incomparable. Luego nos admiran las soberbias vidrieras de colores, reproduciendo escenas religiosas y de la Historia Sagrada, que son de lo mejor que se produjo en este ramo del arte de la ornamentación, que tan justo renombre alcanzó en España; los magníficos sepulcros, entre ellos el del Rey Ordoño II, muchos de los cuales son obras maestras de la escultura; las capillas, con sus notables imágenes; el altar y el Sagrario de plata, de orden corintio, de la Capilla Mayor; la hermosa urna de plata cincelada, obra maestra del orfebre leonés Suero de Argüello, de estilo Renacimiento, que guarda los sagrados restos de San Froilán; el bello retablo, de notables pinturas, de la misma Capilla; las rejas repujadas y otros innúmeros primores de arte, cada uno de los cuales merecería detallada descripción.

El visitante no debe dejar tampoco de admirar el claustro, cuyas arcadas y bóvedas pertenecen al Renacimiento; ni de hacer una visita a la Sacristía, donde se guardan antiguos y ricos ornamentos; así como al archivo del templo, en el que se conservan venerables misales, viejos códices decorados con preciosas miniaturas, cuyos vivos colores no pudieron hacer palidecer los siglos, y otros curiosos y antiguos documentos. Ejemplar notabilísimo de esta riqueza archivada es el famoso *Códice Palimpsesto*, joya literaria del siglo VI, descubierto en 1887 por el alemán Rodolfo Beer.



Trascoro de la **Catedral** de León. — Puerta que cerraba **últimamente** el arco, antes de la reforma.



IV



N la noble Catedral leonesa, como en casi todos los monumentos españoles, realizaron la estulticia y el atrevimiento, que suelen ser compañeros inseparables, dolorosos desaguisados, afeando la venerable fábrica con aditamentos de mal gusto. No hace aún muchos años, cuantos visitaban la ciudad podían ver, con amarga extrañeza, adosadas a una de las partes más bellas de la *Pulchra Leonina*, burdas edificaciones, que cortaban la graciosa línea de los ábsides y ocultaban muchas de sus exquisitas bellezas. Algo análogo ocurría en el interior del templo, que si sorprende por su ligereza y gracia, maravilla por la riqueza y severo gusto de su ornamentación.

Por fortuna, esos aditamentos inverosímiles van desapareciendo en el transcurso de los años. Alientos de nueva vida se advierten en todas las manifestaciones de nuestro Arte, tan rico y glorioso en los pasados siglos, iniciándose un verdadero renacimiento, y el imperio del buen gusto se restablece. La labor paciente y meritoria de los arquitectos Laviña, Madrazo y De los Ríos, así como de los que les sucedieron luego en la dirección de las obras, entre ellos el actual D. Juan C. Torbado, fué haciendo desaparecer aquellas ridículas agregaciones.

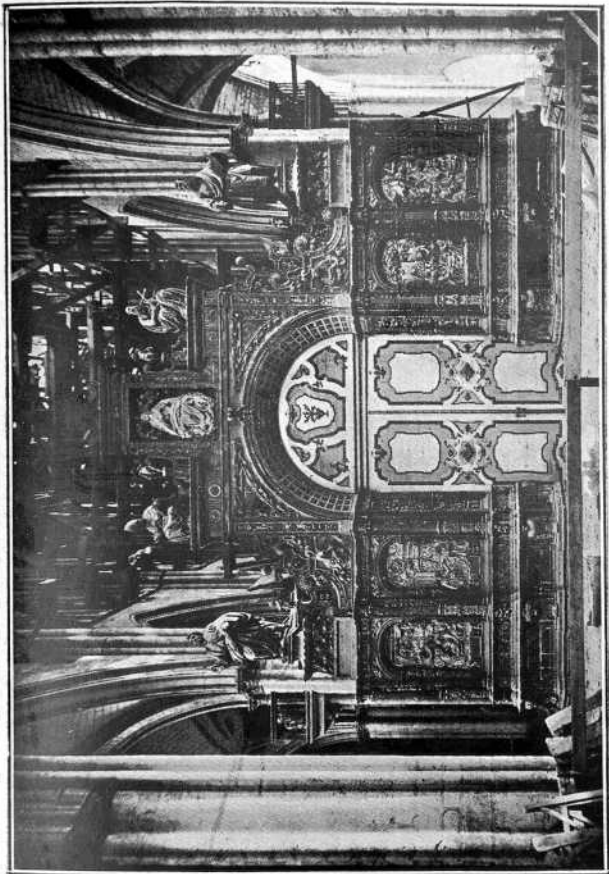
Mas, por desgracia, esa hermosa obra de rehabilitación y purificación avanzó muy lentamente, a causa de lo escaso de los medios de que se disponía.

Como acontece en otras catedrales españolas, el coro es uno de los elementos que perjudican a la grandiosidad del templo, por hallarse emplazado en el centro de la nave principal, impidiendo que la vista se extienda, libre y gozosa, para admirar la suntuosa fábrica. En efecto, la intensa emoción que produce en su parte externa la soberana Catedral con la magnificencia de sus fachadas, la esbeltez que dan a todo el conjunto la armónica proporción de sus elementos y el predominio de la línea vertical, desaparece, por el momento, al penetrar en la basílica. Cuando creemos deleitarnos más en la contemplación de las dilatadas naves y en la admiración de aquellos diáfanos muros, enriquecidos por las suntuosas vidrieras y que parecen, según frase feliz, como montados al aire, se nos presenta a modo de pantalla, impidiendo la visión, la opaca masa del coro.

La sillería de éste, de madera tallada, es magnífica. Labraronla los imagineros Copin, Juan de Malinas, Fadrique, Theodorico y otros, que hicieron de sus elementos verdaderas obras maestras. Sorprende por el primor de las figuras talladas, ricas de detalle, y la magnificencia de los adornos. Créese que su construcción se realizaba hacia el año 1467.

Se divide la sillería en dos tramos, y cada uno de éstos en dos gradas. La primera silla del lado del Evangelio es llamada del Rey, y al Monarca se destina, en efecto, y nadie en su ausencia la ocupa. Bien sabido es que los Soberanos españoles son por tradición, desde hace siglos, canónigos honorarios de León, como lo son también de otras Catedrales (1).

(1) El primer Soberano de quien consta que ocupó su puesto en el coro es el Rey Fernando I. Desde esta época, casi todos los Monarcas



Trascoro de la Catedral de León.—Puerta que cerraba el arco, antes de terminarse las obras de restauración.

Primitivamente estuvo colocada la sillería de coro en la Capilla Mayor, ocupando los dos primeros intercolumnios de cada lado y dejando libre todo el espacio de tramo a tramo. Era aquél, sin duda, el lugar más adecuado y en el que menos molestia y perjuicio podía ocasionar su emplazamiento. Mas, por buscar abrigo mejor a los corales, cien años más tarde se pensó en cerrar el coro por la parte del crucero, construyéndose un tras-coro o antecoro, cuyo proyecto trazó el maestro mayor de la Catedral, Baltasar Gutiérrez, en 1576, y en cuya ejecución tomaron parte más tarde los notables artistas Juan de Juni y Esteban Jordán. El primero de éstos ofreció para la obra un Crucifijo que trajo de Valladolid, pero no debió utilizarse en tal objeto, pues acaso es el que aparece colocado en la llamada Capilla del Cristo de la Catedral leonesa, según autorizadamente supone el cultísimo arcipreste, D. José González, a cuyas sabias investigaciones se deben muchos interesantes datos que contribuyen a aclarar y completar la historia de la *Pulchra Leonina*.

A este erudito sacerdote se deben curiosas noticias del artista Esteban Jordán, que después de muertos Berruguete y Juni, ostentó el cetro de la escultura hasta Gregorio Hernández, el célebre artista valisoletano. Con Jordán trabajó muchos años, sin duda por el buen recuerdo de su padre, Isaac Juni, a quien protegió de continuo. No logró Isaac emular las glorias de su progenitor, pero no era un artista vulgar, y lejos de desdeñarle Jordán, lo llevó en su compañía, le recomendó en las contratas y le proporcionó obras.

leoneses, en algunas festividades, lo ocuparon también, recibiendo las distribuciones que como a tales Canónigos les correspondían. Fernando V, el Católico, y Felipe III fueron los dos últimos Reyes a quienes se les dieron distribuciones.

En época moderna se sentaron en la silla de coro de la Catedral leonesa, la Reina Isabel II, su hijo Alfonso XII y su nieto Alfonso XIII, nuestro augusto Soberano.

No se sabe en qué año falleció Jordán, pero se conoce su testamento de 1597 y un codicilo, en el que fundaba un mayorazgo, de 1598. En su *Viaje artístico* asegura Ponz que aún vivía en 1604, y Martí acepta la creencia de que muriera en León en 1606, porque la última obra que Jordán contrató fué el mausoleo del Obispo Guzmán, de la insigne familia leonesa, para una capilla del convento de Santo Domingo, cuyos patronos eran los Guzmanes. Este mausoleo fué terminado por Pedro de Oña, esposo de Isabel Jordán, hija de Esteban, siguiendo los dibujos de su suegro, y aunque Oña descolló más como pintor, era también un escultor estimable, y así lo acredita la estatua del Obispo Guzmán, que hoy se admira en San Marcos.

El trascoro de la Catedral de León debió quedar terminado mucho antes, a mediados del año 1577. Cuando en Febrero de ese año estuvo Juni en León, siendo retenido allí veintitrés días, según hizo constar en su testamento, estaba ya terminada buena parte de las figuras, ya que no toda la obra.

Para colocar el trascoro en su primitivo emplazamiento fué preciso doblar a escuadra los últimos elementos de los tramos de la sillería, mutilándola en parte, como hoy mismo puede apreciarse, y dejando sin resolver la unión de los tramos en el ángulo que tuvieron que formar.

Por las dificultades que los fieles tropezaron para seguir las ceremonias del culto en la debida forma, o tal vez por dar más esplendor a las del Cabildo, se proyectó trasladar el coro al lugar que hoy ocupa, lo cual se realizó en el año 1620.

Mucho tiempo antes, acaso cuando se proyectó construir el trascoro, se pensó trasladarle a la nave central, pero este intento supo evitarlo el gran Rey Felipe II, según puede verse en el siguiente documento que se con-

serva en el Archivo municipal de León y por el cual se aprecian el amor que hacia el Arte sentía aquel Monarca tan preclaro como calumniado, su buen gusto y la severidad que mantuvo para resolver la cuestión, sin que valieran para torcer su voluntad las influencias que se pusieron en juego.

Dice así el curioso documento:

«Don Phelipe, por la gracia de dios Rey de Castilla, de león, de aragón, de las dos sicilias, de hrusalen, de nabarra, de granada, de T^{dº}, de murcia, de jaen, conde de flandes e del tirol, etc., a vos el rreverendo yn Xpo padre obispo de leon del nuestro consejo e dehan e cauildo de la yglesia catrhedal de la Ciudad de leon, salud y gracia sepades que a nos es fecha rrelacion que bos e algunos canonigos del dho cauildo, con yntincion de mejorar la dha yglesia catrhedal desa dha cibdad q̄ fundó el rrey don hordoño queriades mudar el coro de los canonigos a otra parte y abiades fecho algunos ensaes y muestras para aprobáa como estaria mejor y traydo oficiales para que hiziesen las muestras y pruebas de prestado para reformarse e la labor y vna de las muestras q̄ auian fecho y en que os abiades rresumido hera de pasar el dho coro a la naue mayor de la dha yglesia, lo cual no convenía hacerse y si la dha nabe se atajaba con el coro se perderia la buena gracia y ornato q̄ thenia la dha yglesia y porque queremos ser informado dello; visto por los de nro consejo fué acordado q̄ debiaos mandar dar esta nra carta para nos e la dcha rrazon E nos tubimoslo por bien por q̄ vos mandamos que dentro de quinze dias primeros siguientes después que esta nra carta os fuese mostrada ynbieys ante los del de nuestro consejo, rrelacion verdadera de lo que e lo suso dho pasa y la causa y rrazon porque quereys mudar el dho coro a la dha naue mior pa q̄ visto se p^obea lo que con-

benga y e lo entretanto q̄ la ynbiays y se bee y probee no hagays ni consintays hazer nobedad alguna cerca de lo suso dho y sobredho el mudar del dho coro e no fagades endeal, dada e td° a beyntinueue días del mes de agto de mill e quis° sesenta años.—(Siguen las firmas del Consejo).—yo, domingo de Çavala, escriuano de cámara de su mag^{tad} la fize escriuir por su mandado con acuerdo de los de su Consejo».

Muerto el ilustre Rey, cuya gloriosa memoria han rehabilitado cumplidamente modernos historiadores, y no interesándole tanto a su hijo y sucesor el que se trasladara o no de lugar el coro de la Catedral leonesa, llegó a realizarse el proyecto en el precitado año de 1620, emplazándose en el lugar que hoy ocupa. Con este motivo se hicieron en él, por manos menos hábiles, algunas obras de tosca ejecución, siguiendo el estilo de la época; obras que fácilmente se diferencian, comparando los diversos elementos del conjunto. La parte posterior de la sillería se defendió con sólidos muros de piedra, coronados por tribunas, cuya traza es bastante desproporcionada y de mal gusto, y desde luego alejada del carácter de la Catedral, como el coro y el trascoro, y más fuera de lugar.

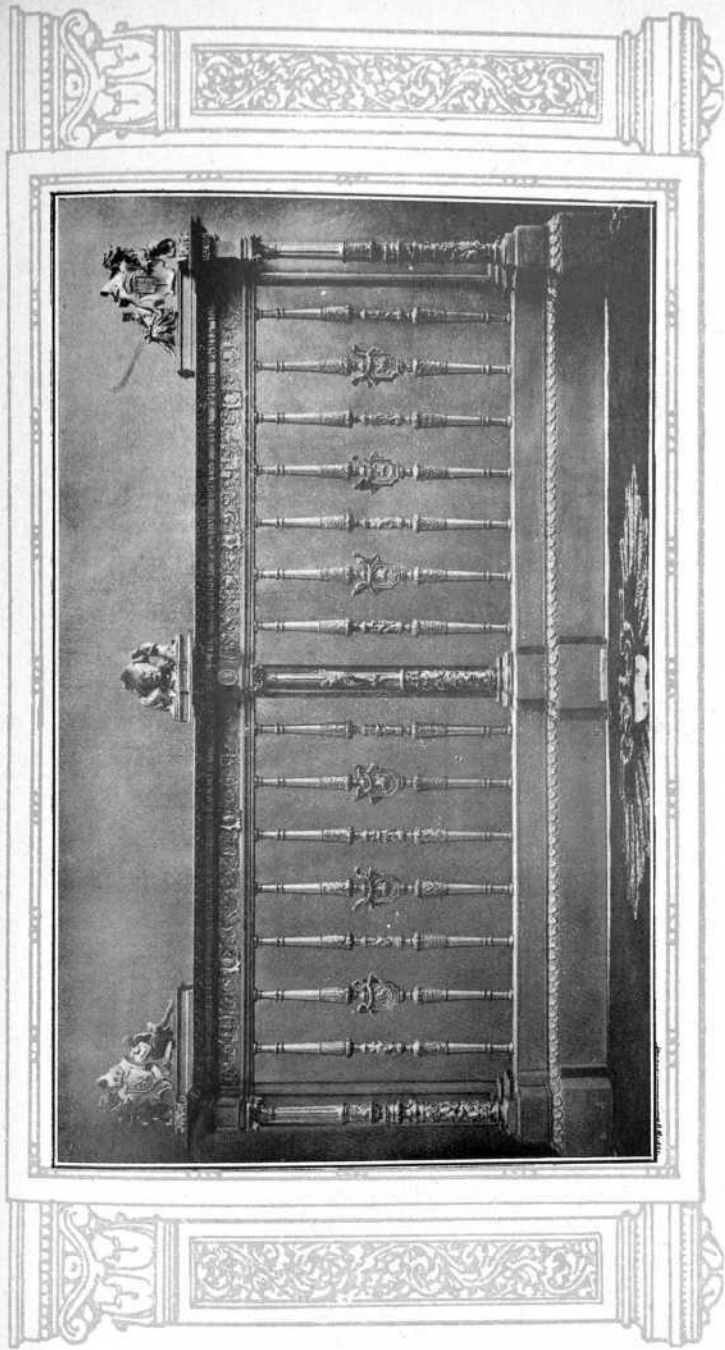
Cerraban la entrada del trascoro dos sencillas hojas de madera, movidas por medio de correderas, tapizadas luego con lienzo y pintadas al temple, con pintura que pretendía imitar antiguo brocado de damasco. De igual naturaleza era el montante de medio punto que cubría el hueco superior. Hasta hace poco tiempo, cuantos amantes del Arte visitaron la Catedral leonesa, han podido ver esa puerta, que no era ciertamente lo que correspondía a lugar de tan exquisita belleza.

La opaca pantalla ocultaba a la vista todo el grandioso conjunto del templo, con la sorprendente rectitud y se-

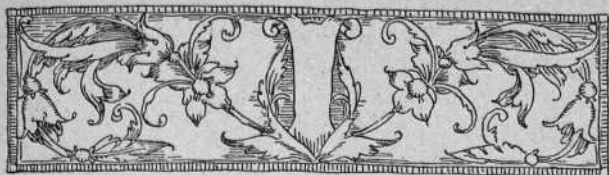
verdad de sus líneas, los finos nervios de la aérea bóveda, la elegancia de detalles de sus esbeltos pilares, el luminoso efecto de su Capilla Mayor, la rica policromía de sus vidrieras sin igual. Toda la maravillosa joya, creación de ensueño del Arte gótico, desaparecería, oculta por el trascoro. Sólo mirando a lo alto descubría-se una parte del gallardo coronamiento, iluminado por los rayos de luz policroma que las vidrieras irradiaban.

Durante muchos años fué una vana esperanza pensar que este grave error se corrigiera, como digno remate de la obra de restauración que realizaron los artistas Laviña, Madrazo y De los Ríos, dignos de grata recordación, llevando nuevamente el coro al presbiterio, con las reformas necesarias para que quedase instalado tal como estaba en el siglo xv. Mas no lo estimaron así los llamados a resolver este sencillo problema de arte, y acordaron dejarlo en la forma ya descrita, según continúa actualmente. La antiestética pantalla persistió en su sitio, afeando la preciada joya y mereciendo la censura de cuantos devotos peregrinos desfilaron por el augusto recinto.





Catedral de León.—Artística verja
de la nueva puerta del trascoro.



V



EGÚN hemos apuntado antes, este lamentable error no es privativo de la Catedral leonesa. Puede señalarse en casi todas las catedrales españolas, y en algunas de ellas más agravado, aunque en otras nos ofrezca la grata compensación de un trascoro rico en arte, como ocurre en la de Avila. En todas ellas se espera con ansiedad un día de redención artística, en el que los coros se trasladen adonde menos estorben, o por lo menos se reformen, de suerte que pueda quedar libre a la contemplación de los devotos el mejor punto de vista de la nave central y del ábside.

Tampoco es privativo de éste ni de esotro templo (y no nos referimos ahora a la Catedral de León, cuyo buen estado de conservación salta a la vista), el abandono que de muchos se enseñoorea, por la pereza en acudir a remediar con eficacia las grietas de sus fábricas, en restauraciones oportunas y hechas sin tacañería. Es un mal común de casi todos los monumentos españoles, en los cuales producen el abandono y la indiferencia más dolorosos estragos que el rigor de los siglos. Toda España es un rico plantel de joyas arquitectónicas, de alto valor para la Historia y para el Arte. Pero toda España es también como jardín abandonado, que pueblan gloriosas ruinas.

¡Cuán pocos de esos monumentos se conservan en perfecto estado!... En los más se perpetúa la obra destructora del abandono. Las restauraciones comenzadas con exiguos medios se hacen eternas, de tal modo, que muchas veces quedó inutilizado el esfuerzo que se hizo para atajar la ruina. Y recorriendo España en todas direcciones se encuentran numerosos templos, castillos, monasterios y otros artísticos joyeles en plena ruina, esperando el último soplo de vendaval que ha de derrumbar sus muros.

No es solamente imputable al Estado y a las corporaciones oficiales la grave culpa de esa ruina. Ciertamente, no pueden disponer de los cuantiosos recursos que se necesitan para atender a todo. Culpa es también de los particulares, de los poderosos, que pudieron y debieron acudir con su auxilio al remedio de aquellos males, probando prácticamente su piedad y su amor al Arte. En otros países son muy frecuentes los casos de grandes potentados, que saben gastar su dinero y lo emplean espléndidamente en proteger generosas empresas de cultura, de caridad y de arte. En nuestra Patria, donde las grandes fortunas no abundan, esos casos son desgraciadamente raros. Y vemos, sin embargo, tantas ocasiones de fortunas importantes perdidas para el provecho de la Patria, ociosas en testamentarias eternizadas por los pleitos, mal repartidas y mal empleadas, porque no hubo una voluntad y una inteligencia que dispusieran de ellas con acierto, que se siente profunda pena al pensar en las desolaciones que con esos tesoros pudieran remediarse.

Recordamos a este propósito un artículo sustancioso y notable, como toda obra de su ilustre autora, la condesa de Pardo Bazán, publicado en *La Nación* de Buenos Aires. Por lo que tiene de lección justa y provechosa, no resistimos a la tentación de recoger aquí algu-

nos párrafos de esa *Crónica de España*, que merece nuestra gratitud. La pluma insigne que dió vida a *Misterio*, y a tantas obras famosas, escribe, justificando nuestros asertos:

«Muchas y, a veces, muy ingeniosas sátiras se han escrito, ya desde el siglo XVIII, contra la aristocracia española. Y yo, en varios escritos, en épocas diferentes, he examinado el capítulo de cargos y emitido siempre el mismo dictamen. No sería justo censurar a una clase por defectos y errores en que las demás no sólo la igualan, sino que la superan. Señoras ligeras de cascos, señores viciosos, no son patrimonio de la aristocracia de sangre, especialmente. En la plutocracia, en la burocracia, en todas las esferas abundan... A una clase se la moteja por lo que hace como tal clase, no por lo que haría igualmente si tal clase no fuese. Y, convencida de ello, he roto una lanza en pro de la aristocracia, cuando novelistas y dramaturgos la ponían de hoja de perejil y hacían consistir su decadencia en que una marquesa anduviese a picos pardos, o su marido, porque Dios no le dió meollo, fuese tonto de caerse. De la quemante sátira del padre Coloma, en algún respecto recargada de color, lo más justo es el hacer resaltar el indiferentismo de los nobles hacia los timbres y tradiciones de su linaje. He aquí, en efecto, su pecado mortal.

»A cien leguas de mí la idea de que un noble, con ridículo empaque y emulando al marqués de Caravaca, vaya por ahí jactándose de sus blasones y desdeñando a quien no pueda cruzarse de Santiago. Al contrario, es natural en los grandes aristócratas ser sencillos, llanos y hasta los he conocido humildes. Pero el más campechano no debe perder un momento la conciencia de su clase, en el sentido de los deberes que impone. Como toda superioridad, la sangre azul obliga a infinitas cosas...

»Esta convicción de las obligaciones anexas a la nobleza falta a muchos de la generación presente, y es el más grave daño, pues convendría que de ella estuviese embebida, en conjunto, para hacer frente a la impulsión que tiende a nivelarlo todo, con bajo nivel.

»Lo más funesto para sí misma que puede hacer la aristocracia, como clase, es lo que viene haciendo: dejar caer en ruinas sus mansiones históricas, tirar por la ventana los recuerdos del pasado, como raíz de loto, que produce el olvido. El alejamiento de los nobles de la carrera militar es extraño; lo es la pasividad de las órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, mero pretexto —hablo en general, y excepciones honrosas las conozco bien de cerca (1)—, para lucir vistoso uniforme un día de boda; es inconcebible la indiferencia hacia el solar, y hasta la burla, cuando de él se trata. Yo he oído, con escandalizados oídos, a un magnate, afirmar que cambiaría un castillo histórico por un *chalet* a la moderna, con mucho *confort* y agua en cada rincón. Y conozco a una dama de alta alcurnia, que poseyendo otro castillo, poblado de fantasmas batalladores, sudando gloria por todas sus románticas almenas, lo ha dado como regalo a un administrador por no molestarse, supongo, en gastar las pesetas que reclamaba el sostén de la reliquia...

»¿A qué insistir? Nadie ignora lo que este entumecimiento de la nobleza española ha contribuido, no sólo a aminorarla en representación, como fuerza directiva, sino a malrotar nuestro tesoro artístico. En castillos y mansiones señoriales existían riquezas que, poco a poco,

(1) Con justa razón puede aludir la ilustre escritora a su hijo, don Jaime Quiroga Pardo Bazán, actual conde de la Torre de Cela, recientemente casado con doña Manuela Esteban Collantes y Sandoval, hija del exministro señor conde de Esteban Collantes. El joven caballero Santiaguista fué, como voluntario, a la campaña de Melilla y es hoy un bizarro oficial de la Reserva.



Catedral de León.—Vista de la nave central, a través de la nueva puerta de cristales del trascoro.

y ni siquiera para remedio de urgentes y verdaderas necesidades, han ido enajenando sus poseedores. Gentes muy adineradas se han desprendido, sin necesidad, de obras maestras, de objetos de arte de primera línea, que hoy honran los museos extranjeros y atestiguan nuestra desidia y abandono. A cada momento, en las casas de los anticuarios, se han visto preseas que nadie ignoraba a quién habían pertenecido. Al viajar por el interior de España, *a cada momento* se ven cosas asombrosas, que revelan el frío desdén con que miran el pasado, los que quizá no tengan otro derecho a la consideración que ese pasado mismo.

»Por eso siempre que hallo excepciones dignas de tomarse en cuenta, me apresuro a proclamarlas. Cuando el marqués de Santillana pensó traer a Madrid las piedras elegantísimas del castillo de Calahorra, le aplaudí con entusiasmo. Lo mismo hice cuando la duquesa de Villahermosa, aquella Guaqui tan admirada por su belleza e ingenio, eclipsada después por cruel enfermedad, donó al Museo del Prado un magnífico retrato, obra de Velázquez...»

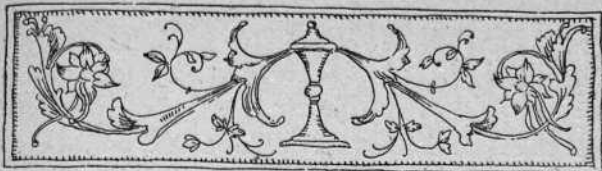
He aquí cómo la pluma maestra de la gran escritora presta autoridad y fuerza a nuestras modestas reflexiones, haciendo patente que los graves daños de este imperdonable pecado del abandono, del indiferentismo, del egoísmo alguna vez, no son solamente imputables al Estado y a las corporaciones. Es culpa de todos; es pecado de la raza, que sufre del mal endémico de la apatía; es obra también de la incultura y de la ignorancia.

Cierto que hay excepciones honrosas de patricios beneméritos, y algunos nombres ilustres pudieran unirse a los que cita la excelsa autora de *San Francisco de Asís...* ¡Pero son tan pocos los desprendidos, entre la enorme masa de los despreocupados y de los egoístas!...





Catedral de León.—Detalle del centro de la verja del trascoro.



VI



A Catedral de León ha tenido la fortuna de encontrar un valedor generoso para remediar, en la forma que era posible, aquel grave daño que al culto del Arte se infería. Se nos presenta, pues, un caso de excepción honrosa, digno de ser enaltecido. Por eso en nuestra última visita a la *Pulchra Leonina* hemos querido prestar preferente atención a la historia de su coro y trascoro y a la noble iniciativa que ha reparado, en gran parte, aquel error a que enérgicamente se opuso, con gran sentido del Arte, el Rey Prudente.

Más que probable, es seguro que la modestia del ilustre prócer se ha de sentir ofendida al leer estos párrafos. Pero, sintiéndolo mucho, no hemos de renunciar al cumplimiento de lo que consideramos un deber, haciendo resaltar el hecho cual lo merece. No es ya por esta iniciativa en sí, con ser tan valiosa y venir a favorecer a uno de los más hermosos monumentos de España. Es que ejemplos tales pueden contribuir al estímulo de otros amantes del Arte, moviéndolos a prestar su amparo a otras joyas. Y hay por tierras de España tantos monumentos abandonados, tantos tesoros en ruinas, necesitados del amparo de los poderosos, que no hacerlo sería en nuestro sentir, censurable.

Gran devoto de nuestros monumentos de Arte religioso y entusiasta y ferviente admirador de las glorias patrias, en el verano de 1912 hizo el conde de Cerrageria, a quien aludimos, una visita detenida a la Catedral leonesa. Al encontrarse delante del trascoro, cerrada la tosca puerta, dolióse nuestro turista, cual antes se condoliera, concibiendo igual propósito, su madre la excelentísima señora doña Antonia Cavanilles y Federici, condesa viuda de Cerrageria, a quien son debidos todo honor y toda justicia en tan feliz iniciativa (1); dolióse el Conde, decimos, de que la antiestética pantalla impidiera la libre contemplación de las magnificencias del templo, y hubo de preguntar, exponiendo ya su proyecto, si no sería cosa fácil y hacedera el sustituir las impropias puertas por otras de diáfanos lienzos de cristal, que, desempeñando la misma misión protectora, permitiesen extender la vista por el espacio de la nave mágica, cuyas bellezas se concebían desde aquel punto, pero no se admiraban.

No sin fundamento, supuso el visitante que para realizar tan conveniente obra, que en nada podía alterar elemento alguno de la noble fábrica, fuera acaso la mayor y la única dificultad la falta de recursos pecuniarios. Y rápido y generoso en sus decisiones, formó el propósito de hacer a sus expensas la reforma, si la idea era acogida con interés y se daban facilidades para su realización.

Pensado y puesto en obra. El conde de Cerrageria

(1) Esta respetable dama, tan amante de la Religión y del Arte como su primogénito, es hija del ilustre académico de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas Excmo. Sr. D. Antonio Cavanilles y Centi, historiador y juriconsulto, fallecido prematuramente en 1864; y sobriana nieta del primero de los Botánicos españoles, el eximio sacerdote valenciano y patriota insigne Antonio José Cavanilles, profesor y director del Jardín Botánico de esta Corte, maestro de Rojas Clemente y de La Gasca, su discípulo predilecto, en cuyos brazos murió en Madrid en Mayo de 1804.

avistóse inmediatamente con el Deán de la Catedral y el arquitecto director de las obras, y luego con el señor Obispo y el Cabildo. Modestamente, ocultando su nombre, expuso el simpático viajero su proyecto y pudo tener la viva satisfacción de verlo aprobado y aceptado con gratitud. No fueron menester más estímulos ni acicates que los de la propia voluntad y el deseo de hacer un bien, sirviendo a los intereses del Arte, para que la obra tan sencillamente iniciada, con tanta espontaneidad ofrecida, fuera puesta en ejecución.

Tal fué la génesis de esta singular reforma que hoy admiran y ensalzan cuantos visitan la venerable Catedral de León.

Cuando se encuentran al paso casos ejemplares como éste, de nobles que tan bien saben cumplir sus deberes y hacer honor a sus timbres, es justo sacarlos a relucir con elogio, como decía la condesa de Pardo Bazán en el artículo de que se ha hecho mérito, mucho más cuando se trata de persona que en toda ocasión ha sabido contribuir á cuanto envuelve un sentido patriótico. Y no ya por el caso en sí, según antes hemos apuntado, aunque bien lo merezca, sino porque el ejemplo cunda y sirva de estímulo a próceres y ricachones.

Al elogiar este rasgo de desprendimiento y de buen gusto, agregaba la ilustre autora de *San Francisco de Asís*:

«Nótese que este donativo, hecho a un templo, es tanto devoción como estética. He llegado a creer que nada más necesario que el culto de la belleza. El pasado, la tradición, son estética pura, idealismo encarnado en lo real. Si en todas las clases sociales la estética pudiera constituir un elemento de engrandecimiento y hasta de moralidad bien entendida, doblemente en la aristocracia. La obra wagneriana, tan sublime, es aristocrática esencialmente.

»No sólo las clases; las naciones se engrandecen con la estética:

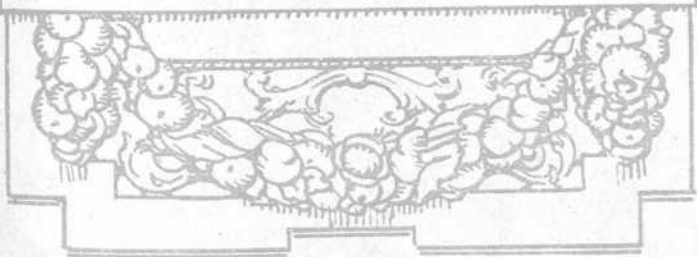
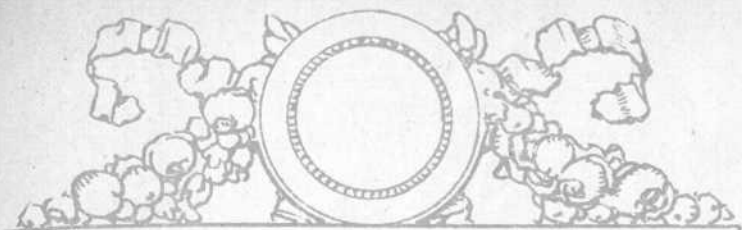
.....

»El amor de lo bello y la veneración al pasado, son dos enormes fuerzas, sobre todo en países que nutren su raigambre profunda en las capas seculares. Norte-América hace perfectamente en elevar a las nubes sus rasca-cielos; nosotros tenemos que cultivar nuestras catedrales, que son nuestra Historia, lo más espiritual de cuanto concibió y ejecutó la raza».

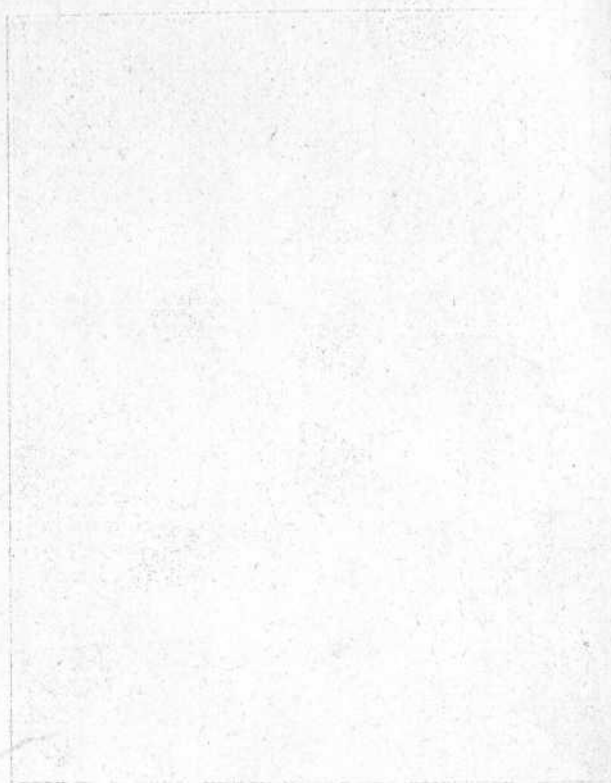
* * *

Es curioso recordar que este feliz pensamiento de sustituir la puerta de madera con una verja de hierro que permitiera a los fieles presenciar y oír los religiosos cultos, había sido ya expuesto en lejanos tiempos, nada menos que en 1577. El erudito sacerdote D. José González ha exhumado en interesante artículo un acta del Cabildo catedral, en la que se dice lo siguiente:

«Este dicho día—24 de Julio de 1577—los dichos señores Deán e Cabildo, abiendo tratado de los inconvenyentes que ay de que la puerta principal del Coro esté abierta en quanto se celebren los officios divinos, por el concurso de la gente que allí se llega y entra por el Coro, y otros inconvenyentes, ordenaron y mandaron que el señor administrador haga hacer una media reja vaja de hierro e de madera y se ponga en la dicha puerta principal del Coro y que ésta aya de estar siempre cerrada en quanto se celebraren los officios divinos, de suerte que las personas que estubieren de la parte de afuera en la nave mayor puedan oyr los dichos officios divinos y ver el altar mayor por encima de la dicha media reja, y que ésta ninguna persona particular del Cabildo la pueda abrir ni mandar abrir por su propia autoridad, so pena



Catedral de León.—Vista de costado de la nave central, a través de la nueva puerta del trascoro.



de perder quatro días de descuento de ración mayor, las cuales les sean irremisibles».

El interesante documento copiado hace ver cómo los piadosos leoneses de otros tiempos, tan amantes del Arte y tan asiduos al culto de la Catedral, no consentían que se cerrase por completo todo el trascoro, aunque los canónigos estuvieran *algo desabrigados*, «atajando» la bella nave, según la frase del Rey Felipe II.

Pero la feliz idea no prosperó, o al menos por mucho tiempo. El arco del trascoro quedó, al cabo, cerrado por completo, primeró con unas ordinarias puertas de madera pintada, de pésimo gusto, y luego con las forradas de tela y pintadas al temple que con tan justo desagrado hemos visto cuantos gozamos de las bellezas artísticas de la urbe leonesa.



VII



ONSISTÍA la reforma indicada en sustituir por completo el cierre del arco del trascoro por medio de unas puertas de grandes lienzos de cristal, encerrados en armadura de hierro, forrada ésta de metal cincelado, que fuera ligero marco, a fin de dejar diáfano el mayor espacio posible, siendo el montante del medio punto de cristal también, pero fijo. Las dos hojas serían de corredera, por exigirlo así las condiciones del lugar de su emplazamiento. Para proteger las puertas se construiría una verja o balaustrada de bronce repujado y cincelado, en cuya composición se evocase el recuerdo de los Reyes y Obispos más ilustres en la historia de la Catedral, añadiéndose escudos y atributos, y todo ello sujeto, naturalmente, al carácter del trascoro, siguiendo el florido estilo del siglo xvi, pero acomodado a las tendencias y procedimientos de nuestra época.

El notable arquitecto D. Manuel de Cárdenas, director entonces de las obras de la Catedral, fué encargado de hacer el proyecto, y de cómo desempeñó su cometido habla elocuentemente la admirable obra realizada. Artista de buen gusto y habilísimo dibujante, el Sr. Cárdenas, tan bien reputado en León, hizo un proyecto de sencilla

elegancia y de gran belleza, que mereció la aprobación y el elogio de todos.

Pudo surgir entonces la única dificultad posible para la buena ejecución de la obra: la de elegir artífice que interpretase con acierto y realizara con arte el proyecto concebido. Pero tal dificultad no podía existir, en realidad, en país como el nuestro, que fué siempre patria de grandes maestros y de gloriosas tradiciones en las artes de la rejería y la orfebrería, y en el que, a pesar del industrialismo moderno, existen artistas de talento y de amplio espíritu que pueden emular las glorias de otra época. El conde de Cerrageria no vaciló en la elección, y desde el primer momento pensó en encomendar la obra a un gran artista de nuestro tiempo, creador maravilloso, que en el espacio de pocos años ha logrado alcanzar honrosa fama, emulando las brillantes tradiciones de la época de los Arfes, los Villalpandos y los Argüellos. Este ilustre maestro, que es a la vez un virtuoso sacerdote, es ya conocido de todos en España y muy estimado en el extranjero; su nombre se pronuncia con respeto por cuantos admiraron sus obras. En la historia de la orfebrería española el presbítero D. Félix Granda y Buyla ocupará un lugar merecido al lado de Juan de Arfe, aunque los separen, en el tiempo, tan larga distancia.

Todos los aficionados al Arte conocen ya el mágico laboratorio en que el Padre Granda idea y ejecuta sus concepciones. Sus «Talleres de Arte», situados frente al Hipódromo madrileño, son un pequeño mundo artístico, en el que hay mucho que admirar y hay que elogiar también una organización modelo. Una visita al «Chalet de las Rosas» brinda a los espíritus delicados unas horas de deleite y de estudio.

Desde que se entra en el jardín, poblado de rosas, solicitan la atención gratas notas de arte. Diseminadas en

las breves calles o surgiendo de algún macizo, se os aparecen bellas esculturas clásicas, perfectamente reproducidas, y en el centro un recuerdo del gran aragonés don Francisco de Goya: la fuente que perteneció a la famosa quinta del insigne pintor, vecina del Manzanares. Sobre el jardín abre el estudio del artista, precedido de elegante pórtico, de gusto clásico. Ya en el interior, comienza a admirar el visitante primores de arte, y a sentir gratas emociones que luego se repiten en la lindísima capilla, en los salones de exposición y en todos los talleres.

La organización de este centro artístico, que el Padre Granda dirige con un celo y una inteligencia superiores a todo encomio, es vasta, pero, en apariencia, sencilla. Allí se labora todo lo que es Arte, porque el Padre Granda es pintor y escultor y forjador, y, sobre todo, un cincelador maravilloso. Una legión de inteligentes obreros se reparte por los diversos talleres, y en un lado repujan la plata y cincelan en el otro; aquí se hacen los vaciados; más allá se construyen altares y retablos, y en esotro lado se tallan primorosas imágenes en madera. Y por todas partes van surgiendo ante la vista modelos proyectados en bellísimos y originales dibujos, otros a medio concluir, muchos ya terminados, sorprendiendo por la sutileza de su factura.

En los salones de exposición se admiran muchas exquisitas obras de arte. La más importante de ellas es la soberbia Custodia mandada construir por la Adoración Nocturna y costeada con limosnas, en dinero o en joyas, de la devoción de toda España. Es una pieza de arte notabilísima, que tiene un valor intrínseco de setenta mil duros, ya que no es posible valorar las nobles filigranas que en su ejecución se derrocharon. En la misma estancia os sorprende una colección numerosa de pequeñas Custodias, de viriles, de cálices, todo ello magistralmente trabajado y avalorado con ricos simbolismos. En otro

salón son las magníficas bandejas de plata repujada, las primorosas arquetas imitadas al gusto antiguo, pero con dibujos originales, y otros cien diversos objetos que pregonan el talento de quien, con sumo acierto, dirige todo aquel pequeño mundo artístico.

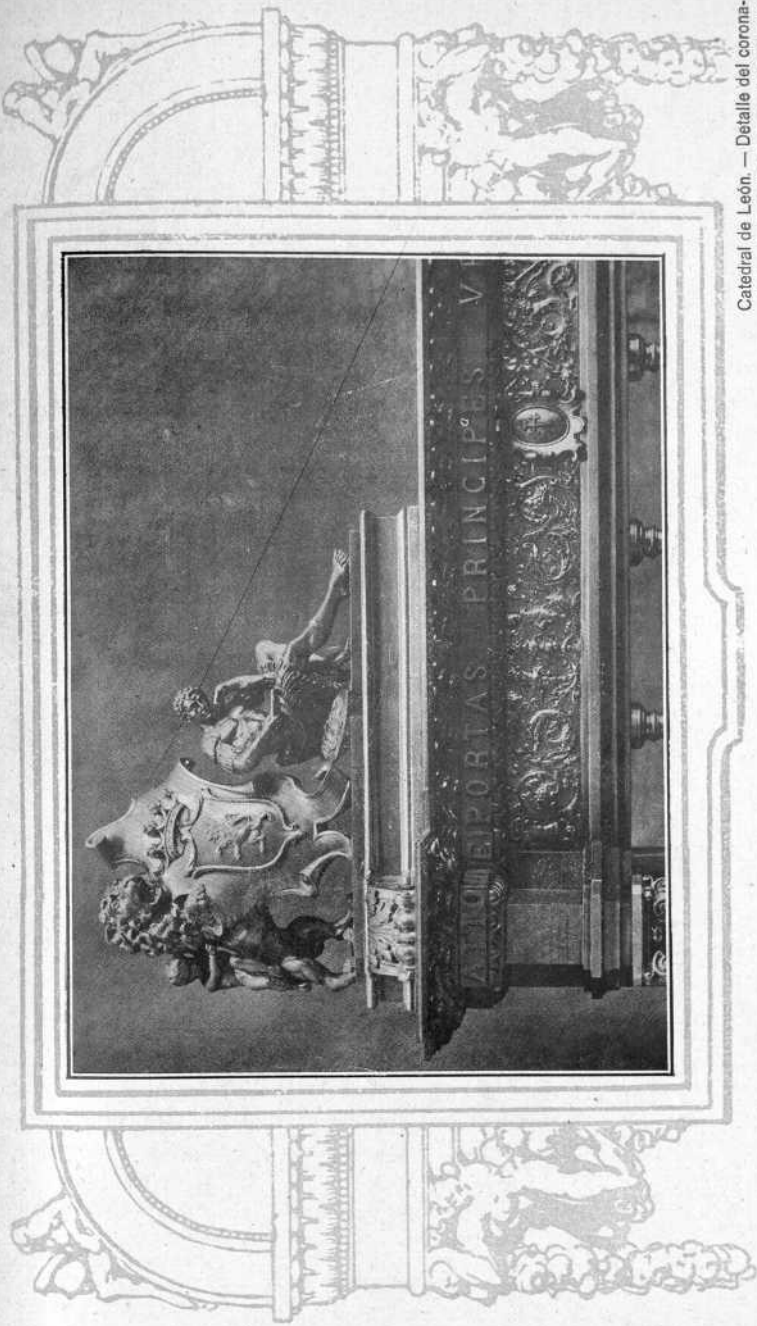
El maestro D. Enrique de Leguina, el estimado barón de la Vega de Hoz, tan competente autoridad en materia artística, ha trazado una bella semblanza del P. Granda en la revista *Arte Español*, órgano de la benemérita Sociedad de Amigos del Arte, que preside su Alteza Real la Infanta Doña Isabel, inteligente gustadora de cuanto significa belleza artística; Sociedad a la que se deben muchas loables iniciativas (1).

De dicha semblanza queremos reproducir algunos párrafos, que hablan de cómo el maestro trabaja:

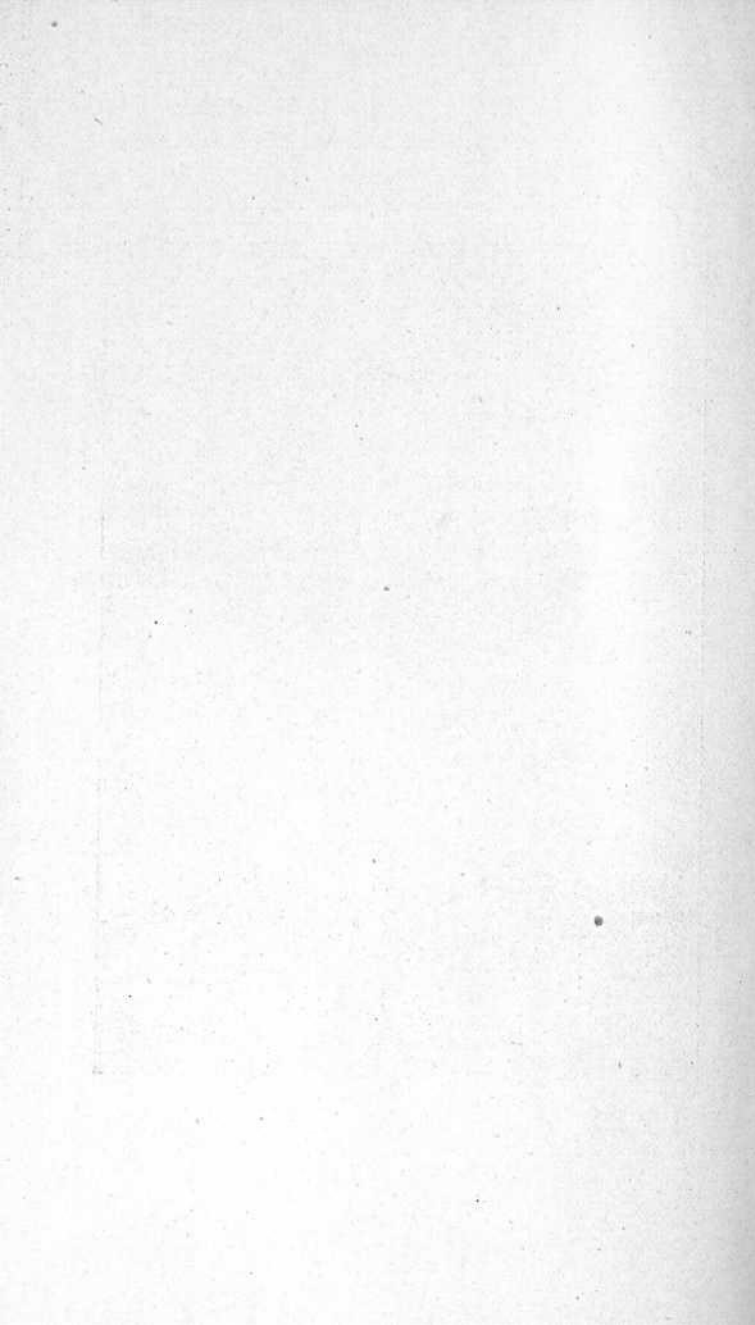
«Cuando se admira—dice Leguina—el fruto de su labor constante, cuando se le oye expresar con todo el fuego de una honda pasión lo que ha hecho, lo que hace y lo que se propone hacer, su entusiasmo y el cálido ardor de sus frases se transmiten al más indiferente y le dejan persuadido de que nuestros maravillosos orfebres del siglo xvi, los que completaban y perfeccionaban los modelos del Renacimiento italiano con tal riqueza de ornamentación, con tal vigor de factura, con tal armonía de líneas, que llegaron a constituir un estilo especial y propio, tienen en el Padre Granda un ferviente admirador.

Fueron los artistas de aquel ciclo feliz todo a un tiem-

(1) Ejemplos memorables de esta iniciativa son las magníficas Exposiciones celebradas en Madrid por la Sociedad de Amigos del Arte: la de antigua Cerámica española, la del Mueble español de los siglos xvi y xvii, la de Pinturas españolas de la primera mitad del siglo xix y la de Bordados y encajes. Ultimamente ha merecido la admiración y el aplauso de todos la de la Miniatura—retrato en España, que, aparte los tesoros reunidos en ella, era un modelo de arte y buen gusto por su instalación.



Catedral de León. — Detalle del coronamiento de la verja, en su lado izquierdo.



po: escultores, arquitectos, dibujantes, orfebres; y todo puesto en práctica para producir cada una de sus obras, que con semejante reunión de eficaces y poderosos elementos, resultaban modelos acabados.

El Padre Granda, como aquellos insignes predecesores, cuando se le encarga un trabajo importante, dedica a él todos sus pensamientos. Comienza por discurrir y determinar cuál debe ser el simbolismo de la obra, siempre dentro del fundamental propósito de infiltrar en ella el espíritu que informó el Arte religioso de los siglos pasados; escudriña la Historia Sagrada, a fin de que cada vaso sagrado, en su conjunto, en sus relieves, hasta en su línea, recuerde un acto de la vida de Jesucristo, una frase de los Santos Padres, un dogma de la Iglesia; aspira, en suma, a que los objetos del culto sean apropiados a su significación verdadera, para propagar el conocimiento de los misterios de la Religión, vulgarizando provechosamente su interpretación.

Sabido es que la Iglesia, desde los primeros tiempos, utilizó ampliamente el simbolismo; cosa natural, pues en lo complejo de sus dogmas existen muchas ideas sublimes, pero de tal modo abstractas, que sólo pueden representarse por medio de símbolos.

Trazado el plan, el Padre Granda forma el diseño no definitivo, pues constantemente le modifica con impulso febril que le agita y sobresalta, hasta que consigue formar un proyecto que le satisface.

Llegado el momento de comenzar el trabajo, convoca a los obreros de sus magníficos Talleres de Arte y les transmite su pensamiento, oye las observaciones que le sugieren, modifica a veces su primitivo apunte, hasta que todos, compenetrados con la idea fundamental de la obra, ponen manos a la labor con el mismo entusiasmo que su sabio director siente y les infunde.

Así, los Talleres de Arte son reflejo de aquellos del

siglo xvi, en los que trabajaban los Arfes, Becerril, Villalpando, Ruiz, los Leonis y tantos otros, reinando en ellos la misma homogeneidad de aspiraciones, la constante tendencia a la perfección y el provechoso ambiente que producen las sublimes manifestaciones del genio.

Pero si bien el Padre Granda se apoya en la tradición, puede decirse que su arte es nuevo, pues aunque sea el mismo el germen creador, la inmutable esencia del Cristianismo, no reproduce los símbolos, ni los estilos, ni los modelos en copia servil y amanerada, sino que acomoda otros elementos, altera y varía líneas siguiendo su inspiración, y pretende ser en nuestros tiempos lo que fueron aquellos que comenzaron a declararse independientes de la tradición clásica y acertaron a crear estilos nacionales, modificando profundamente los practicados hasta entonces en otras naciones.»

Así trabaja y así es, en efecto, este maestro, que si admira como artista, encanta como persona. Es un hombre sencillo y llano, de gran modestia y de una atractiva simpatía. Un genuino asturiano, alto y fuerte, de facciones tostadas y enérgicas, y pelo encrespado, negrísimo. Cuando os habla os produce la impresión de un niño grande, sencillote y bueno. Cuando os mira véis brillar en sus ojos penetrantes todo el fulgor de vida que arde en su cerebro de creador. Y este artista genial, este gran maestro, a quien supondrán viejo maduro los que no le conocen y oyeron contar de su fama, es un hombre joven, que no ha llegado aún a los treinta y cinco años... ¡Los manes sagrados de Benvenuto lo guarden para gloria del Arte religioso...!

* * *

Encomendada a tal señor del Arte la obra de la puerta proyectada para la Catedral de León, bien puede supo-

nerse que el mayor acierto, la inspiración y la delicadeza presidieron a su ejecución. Así fué, en efecto, y nadie más felizmente pudo interpretar la generosa idea. Es una obra maestra, así por la severa elegancia del conjunto como por el primor del detalle.

Compónense las puertas, según se ha indicado, de dos hojas de cristal, dos magníficas lunas, que por medio de correderas se deslizan a uno y otro lado, desapareciendo tras los muros del trascoro, merced a un carril basado en el pavimento y a una cornisa que limita el cuadro. En la parte superior, cubre el medio punto del arco otra luna, de carácter fijo. La armadura de estas puertas es de bronce dorado, sencilla, ligera, con el fin de quitar toda la posible opacidad a aquel espacio; un fino cincelado la recubre. El efecto, a cierta distancia, por la ligereza de la armadura, es el de que todo el espacio queda libre, cubierto por la diáfana luna.

Para proteger la puerta se ha colocado en la parte inferior una balaustrada o verja, de bronce sobredorado también, que sirve como de elegante y rico zócalo a la vidriera. Tiene una altura aproximada de metro y medio, por unos cinco de anchura. Se compone de dos puertas giratorias que abren hacia fuera, girando sobre potentes ejes empotrados en la tierra, un tanto separadas de las jambas del arco; de esta manera se ha evitado hábilmente que los muros del trascoro puedan sufrir el más ligero desperfecto.

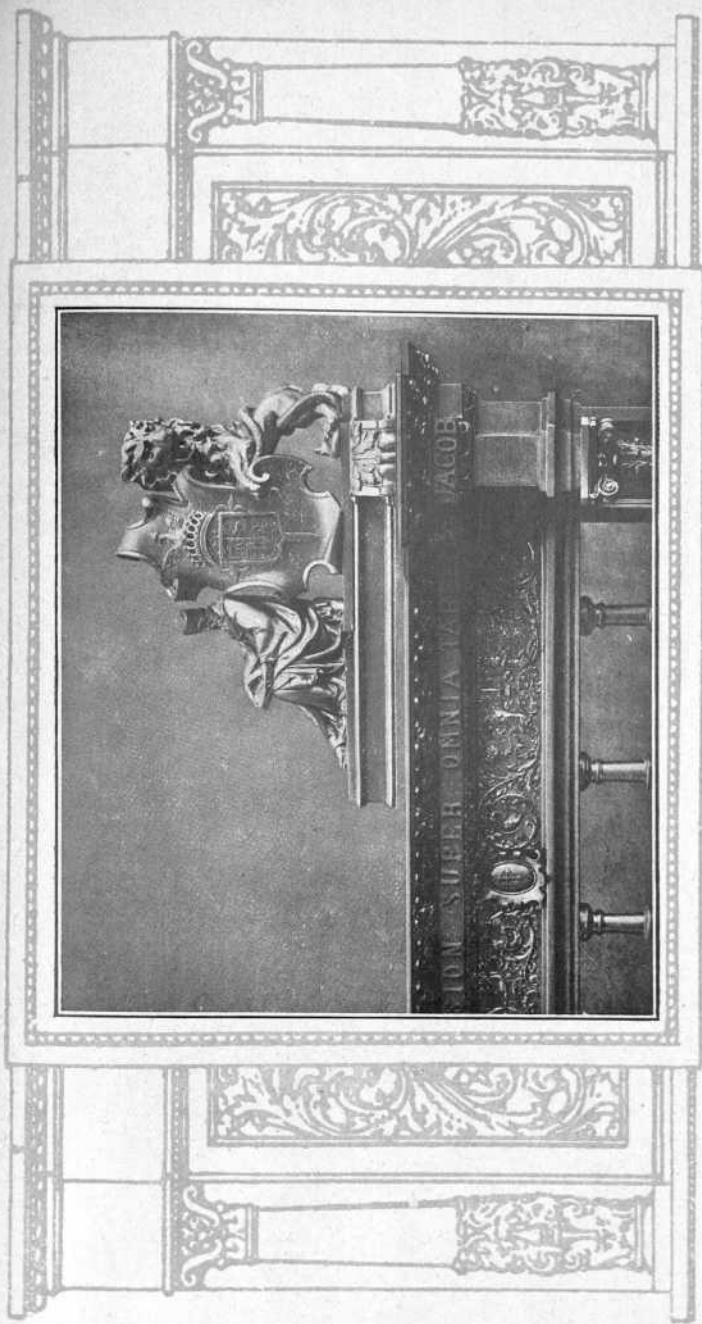
Esta verja, como puede suponerse, es la pieza capital de la obra, y debemos añadir que es verdaderamente magistral. Su composición es de un buen gusto irreprochable y de un acierto completo, porque responde perfectamente al estilo del trascoro, considerado por algunos como obra maestra de su época, aunque desentone del carácter general del templo. Se ha conseguido, pues, una armonía perfecta para el conjunto, que era uno de

los puntos a resolver. En cuanto a la ejecución es de un primor exquisito, hasta en los más nimios detalles, como son goznes y cerraduras. El artista ha cuidado escrupulosamente de que en todo se admire la misma finura de acabamiento.

Cada una de las puertas está compuesta por siete elegantísimos balaustres, que semejan por su forma astas de lanzas o banderas. Tres de ellos se diferencian de los otros cuatro, con los que van alternados, por los adornos del centro, que a primera vista parecen, en aquellos, pequeños escudos. En el centro, al cerrar la verja, se destaca, como formando el broche, una graciosa y artística columnilla, más gruesa que los balaustres, con capitel y basa que sobresalen de la línea general de la balaustrada. A los extremos, otras dos columnillas semejantes, a aquella, prestan su protección a los ejes sobre los cuales giran las puertas.

El basamento, dividido en dos cuerpos, un poco saliente el inferior, es de gran sobriedad. Decóralo únicamente una linda y sencilla greca, que corre a lo largo, marcando la divisoria de los dos cuerpos.

Del armónico y notable conjunto descuellan, por su prolija y esmerada labor, las tres elegantes columnillas y los primorosos balaustres. En la parte inferior llevan un precioso adorno de hojas de acanto y otras, cinceladas con gran primor; en la parte alta un adorno más sutil y ligero. En el centro resaltan con gran vigor, en cada una de las piezas, dos figuras de hombres atormentados, enlazados con cadenas. Las diferentes actitudes de las figuras, que son distintas, aunque forman un conjunto armónico; la expresión de los rostros, la riqueza de detalles de los torsos, los brazos y las piernas, todo habla con gran elocuencia del talento singular del artista y del esmero con que fué labrada la soberbia obra, hasta en sus más leves detalles.



Catedral de León. —Detalle del coronamiento de la verja, en su lado derecho.

Cierra la balaustrada en la parte alta una elegantísima cornisa, adornada inferiormente con bello dibujo de figuras, acantos y otras hojas, y en cuya parte superior resalta en caracteres de bajorrelieve la siguiente inscripción, tomada de los Salmos e inspirada por el generoso donante de la obra:

«*Attóllite portas, Principes, vestras, et elevámini, portæ eternales... — Diligit Dominus portas Sion super omnia tabernacula Jacob.*» Ps. 23 y 86.

En la parte superior de la columnilla que guarda el eje de la puerta derecha, se advierte, fijándose mucho, una casi imperceptible graba, que nos dice a expensas de qué desprendido amante de las artes se costeó la obra. Lo imperceptible de la inscripción háblanos también, con el debido elogio, de la modestia de aquél.

Magnífico coronamiento de la hermosa verja son tres bellos grupos colocados sobre la cornisa. En el centro aparecen el escudo de la Catedral, entre las figuras del glorioso Obispo San Froilán y del Rey Ordoño II, y el escudo del actual virtuoso prelado, doctor don José Alvarez Miranda; un sabio príncipe de la Iglesia, que adora en su Catedral, como lo demuestra el cariño con que acogió esta reforma. A un extremo, el escudo de la ciudad de León, que aprisiona entre sus garras un león, levantado sobre sus patas traseras, y que guarda San Marcelo. Al lado opuesto, el escudo del conde de Cerrageria, igualmente protegido por otro león y con la figura de San Isidoro al lado.

Las esculturas de los tres Santos y del Rey Ordoño, así como las figuras de los leones, están admirablemente tratadas, con un vigor extraordinario en sus líneas y rasgos. Todo en la ejecución es un primor constante, que acredita la habilidad suprema del cincel maestro.

Esta notabilísima obra, tan elegante y sobria en el conjunto de su composición, tan rica en sus adornos,

tan exquisita en la labor de las figuras, de expresión vigorosa, bastaría para hacer la ejecutoria de un artista.

De este modo sencillo y admirable, por el noble impulso y la generosidad de un prócer amante del Arte, se ha resuelto el problema de abrir el trascoro de la Catedral leonesa, para que cuantos penetren en el sagrado recinto puedan admirar desde aquel punto la soberana belleza de la nave central y presenciar los cultos de la Capilla Mayor. El efecto que se ha logrado, después de colocada la admirable puerta, es sencillamente sorprendente.

Desde que se entra en el hermoso templo por el soberbio pórtico de Nuestra Señora de la Blanca, se contempla a través de los diáfanos cristales, todo el conjunto de la nave aérea. Por las policromadas vidrieras penetran raudales de luz coloreada, inundando el mágico recinto, y desde el fondo del templo pueden contemplarse sin dificultad todos los primores de las graciosas bóvedas, las ricas tallas de la sillería de coro, la majestuosa serenidad de los pilares, con sus elegantes capiteles; toda la soberana belleza de este insigne monumento religioso, que en medio de la claridad melancólica, entre penumbras de misterio, parece que se engrandece y sublima, haciendo sentir más hondo, más en la entraña, los fervores de la piedad cristiana.

* * *

La inauguración de la nueva puerta del trascoro constituyó, como puede suponerse en un pueblo tan religioso como el de León, una gran fiesta. El Cabildo Catedral dispuso para solemnizar el acto adecuadas ceremonias, a las que asistieron las autoridades y corporaciones leonesas, las damas de la sociedad y todas las personalidades distinguidas, formando brillante conjunto. Pero la nota

popular y jubilosa dióla la imponente masa de público que llenó el bien amado templo.

Por entre la gente entusiasmada recorrió las naves, iluminadas brillantemente, una procesión, que presidió el respetable prelado, Doctor Don José Alvarez Miranda, revestido de pontifical. Al llegar al trascoro detúvose la comitiva y el Obispo dió su bendición a la puerta. Corrieronse entonces las hojas de cristal, que quedaron ocultas tras los muros; abriose la verja, y, franco el paso, atravesó la procesión bajo el arco, dirigiéndose solemnemente a la Capilla Mayor.

Díjose luego una Misa, en la que ofició el Prelado, asistido por dos Canónigos; y el docto Magistral, Don Clodoaldo Velasco, pronunció un elocuente sermón, entonando un himno a las gloriosas catedrales españolas, y consagrando un merecido homenaje de gratitud al conde de Cerrageria, y de admiración al ariista Padre Granda. La religiosa ceremonia terminó con un solemne *Te Deum* en acción de gracias.

Cuantos asistieron a la piadosa fiesta hubieron de asociarse mentalmente al homenaje del digno Magistral, ensalzando al generoso donante, y enalteciendo al artista que tan admirablemente supo interpretar su pensamiento.

El Reverendo Prelado y el Ilustrísimo Deán en nombre propio y del Cabildo Catedral, dirigieron con motivo de este acto al conde de Cerrageria—que por modestia no había querido concurrir a él— un expreso despacho, testimoniándole su agradecimiento.

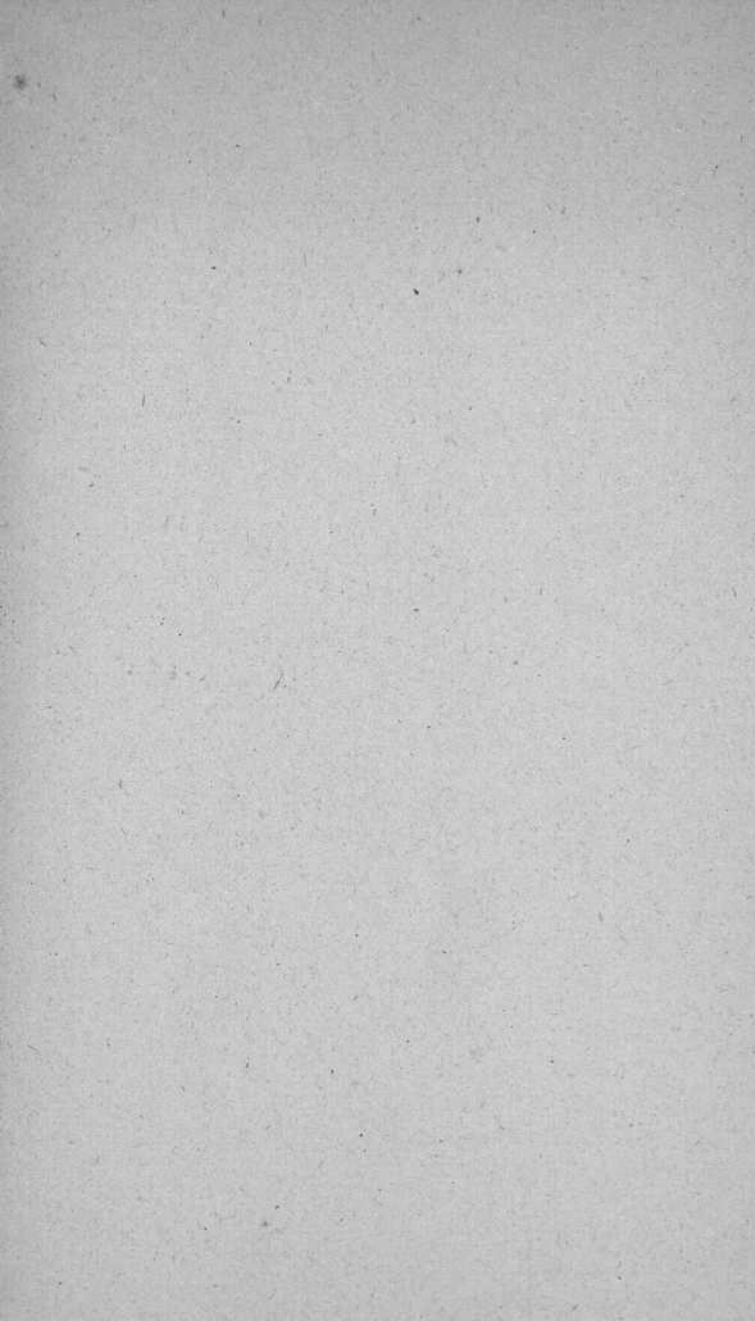
El conde de Cerrageria, que se encontraba en Santiago de Compostela por aquellos días, asistiendo a los solemnes cultos en honor del Apóstol, como caballero de la Orden militar que lleva su nombre, contestó en los términos debidos de la más profunda gratitud y viva simpatía, haciendo fervientes votos por la prosperidad y

grandeza de León y por la gloria de la sin par *Pulchra Leonina*.

* * *

El pueblo leonés, tan piadoso y amante de sus tradiciones, no olvidará nunca, seguramente, este noble rasgo de piedad y amor al Arte. Los pueblos saben también ser agradecidos. Mucho más deben serlo cuando se trata de personas que hacen el bien por el bien mismo, con la conciencia limpia de toda sombra de egoísmo.





1000

14-29C



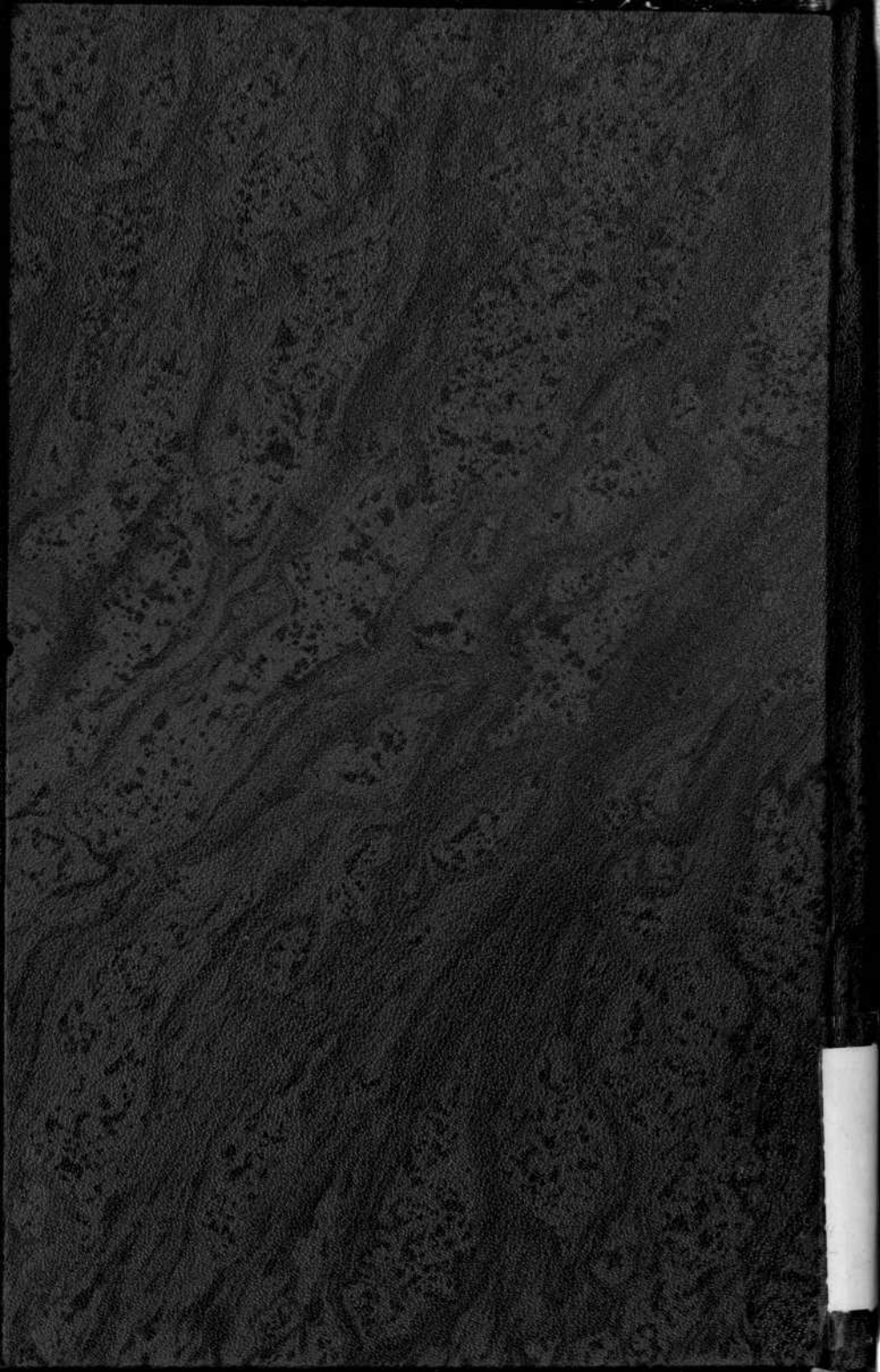


Edición destinada a un objeto benéfico









G - 7837

UNIVERSITÀ

A LEON